

# El burlador de Sevilla

Tirso de Molina

**Personas que hablan en ella:**

Don DIEGO Tenorio, viejo  
Don JUAN Tenorio, su hijo  
CATALINÓN, lacayo  
El REY de Nápoles  
El Duque OCTAVIO  
Don PEDRO Tenorio, tío  
El Marqués de la MOTA  
Don GONZALO de Ulloa  
El REY de Castilla, ALFONSO XI  
FABIO, criado  
ISABELA, Duquesa  
TISBEA, pescadora  
BELISA, villana  
ANFRISO, pescador  
CORIDÓN, pescador  
GASENO, labrador  
BATRICIO, labrador  
RIPIO, criado  
Doña ANA de Ulloa  
AMINTA, labradora  
ACOMPAÑAMIENTO  
CANTORES  
GUARDAS  
CRIADOS  
ENLUTADOS  
MÚSICOS

PASTORES  
PESCADORES

### Acto primero

Salen don JUAN Tenorio e ISABELA, duquesa

ISABELA:  
Duque Octavio, por aquí  
podrás salir más seguro.

JUAN:  
Duquesa, de nuevo os juro  
de cumplir el dulce sí.

ISABELA:  
Mi gloria, ¿serán verdades  
promesas y ofrecimientos,  
regalos y cumplimientos,  
voluntades y amistades?

JUAN:  
Sí, mi bien.

ISABELA:  
Quiero sacar  
una luz.

JUAN:  
Pues, ¿para qué?

ISABELA:  
Para que el alma dé fe  
del bien que llevo a gozar.

JUAN:  
Mataréte la luz yo.

ISABELA:  
¡Ah, cielo! ¿Quién eres, hombre?

JUAN:  
¿Quién soy? Un hombre sin nombre.

ISABELA:  
¿Que no eres el duque?

JUAN:  
No.

ISABELA:  
¡Ah de palacio!

JUAN:  
Detente.  
Dame, duquesa, la mano.

ISABELA:  
No me detengas, villano.  
¡Ah del rey! ¡Soldados, gente!

Sale el REY de Nápoles, con una vela en un candelero

REY:  
¿Qué es esto?

ISABELA:  
¡Favor! ¡Ay, triste,  
que es el rey!

REY:  
¿Qué es?

JUAN:  
¿Qué ha de ser?  
Un hombre y una mujer.

REY:  
(Esto en prudencia consiste.) Aparte  
¡Ah de mi guarda! Prendé  
a este hombre.

ISABELA:  
¡Ay, perdido honor!

Sale don PEDRO Tenorio, embajador de España, y GUARDA

PEDRO:  
¿En tu cuarto, gran señor  
voces? ¿Quién la causa fue?

REY:  
Don Pedro Tenorio, a vos  
esta prisión os encargo.  
Si ando corto, andad vos largo.  
Mirad quién son estos dos.  
Y con secreto ha de ser,  
que algún mal suceso creo;  
porque si yo aquí los veo,  
no me queda más que ver.

Vase el REY

PEDRO:  
Prendedle.

JUAN:  
¿Quién ha de osar?  
Bien puedo perder la vida;  
mas ha de ir tan bien vendida

que a alguno le ha de pesar.

PEDRO:  
Matadle.

JUAN:  
¿Quién os engaña?  
Resuelto en morir estoy,  
porque caballero soy.  
El embajador de España  
llegue solo, que ha de ser  
él quien me rinda.

PEDRO:  
Apartad;  
a ese cuarto os retirad  
todos con esa mujer.  
Vanse los otros  
Ya estamos solos los dos;  
muestra aquí tu esfuerzo y brío.

JUAN:  
Aunque tengo esfuerzo, tío,  
no le tengo para vos.

PEDRO:  
Di quién eres.

JUAN:  
Ya lo digo.  
Tu sobrino.

PEDRO:  
¡Ay, corazón,  
que temo alguna traición!  
¿Qué es lo que has hecho, enemigo?  
¿Cómo estás de aquesta suerte?  
Dime presto lo que ha sido.  
¡Desobediente, atrevido!

Estoy por darte la muerte.  
Acaba.

JUAN:  
Tío y señor,  
mozo soy y mozo fuiste;  
y pues que de amor supiste,  
tenga disculpa mi amor.  
Y pues a decir me obligas  
la verdad, oye y diréla.  
Yo engañé y gocé a Isabela  
la duquesa.

PEDRO:  
No prosigas,  
tente. ¿Cómo la engañaste?  
Habla quedo, y cierra el labio.

JUAN:  
Fingí ser el duque Octavio.

PEDRO:  
No digas más. ¡Calla! ¡Baste!  
Perdido soy si el rey sabe  
este caso. ¿Qué he de hacer?  
Industria me ha de valer  
en un negocio tan grave.  
Di, vil, ¿no bastó emprender  
con ira y fiereza extraña  
tan gran traición en España  
con otra noble mujer,  
sino en Nápoles también,  
y en el palacio real  
con mujer tan principal?  
¡Castíguete el cielo, amén!  
Tu padre desde Castilla  
a Nápoles te envió,  
y en sus márgenes te dio  
tierra la espumosa orilla

del mar de Italia, atendiendo  
que el haberte recibido  
pagaras agradecido,  
y estás su honor ofendiendo.  
¡Y en tan principal mujer!  
Pero en aquesta ocasión  
nos daña la dilación.  
Mira qué quieres hacer.

JUAN:  
No quiero daros disculpa,  
que la habré de dar siniestra,  
mi sangre es, señor, la vuestra;  
sacadla, y pague la culpa.  
A esos pies estoy rendido,  
y ésta es mi espada, señor.

PEDRO:  
Álzate, y muestra valor,  
que esa humildad me ha vencido.  
¿Atreveráste a bajar  
por ese balcón?

JUAN:  
Sí atrevo,  
que alas en tu favor llevo.

PEDRO:  
Pues yo te quiero ayudar.  
Vete a Sicilia o Milán,  
donde vivas encubierto.

JUAN:  
Luego me iré.

PEDRO:  
¿Cierto?

JUAN:

Cierto.

PEDRO:

Mis cartas te avisarán  
en qué para este suceso  
triste, que causado has.

JUAN:

Para mí alegre dirás.  
Que tuve culpa confieso.

PEDRO:

Esa mocedad te engaña.  
Baja por ese balcón.

JUAN:

(Con tan justa pretensión, Aparte  
gozoso me parto a España).

Vase don JUAN y entra el REY

PEDRO:

Ejecutando, señor,  
lo que mandó vuestra alteza,  
el hombre...

REY:

¿Murió?

PEDRO:

Escapóse  
de las cuchillas soberbias.

REY:

¿De qué forma?

PEDRO:

De esta forma:

aun no lo mandaste apenas,  
cuando sin dar más disculpa,  
la espada en la mano aprieta,  
revuelve la capa al brazo,  
y con gallarda presteza,  
ofendiendo a los soldados  
y buscando su defensa,  
viendo vecina la muerte,  
por el balcón de la huerta  
se arroja desesperado.  
Siguióle con diligencia  
tu gente. Cuando salieron  
por esa vecina puerta,  
le hallaron agonizando  
como enroscada culebra.  
Levantóse, y al decir  
los soldados, “¡Muera, muera!”,  
bañado con sangre el rostro,  
con tan heroica presteza  
se fue, que quedé confuso.  
La mujer, que es Isabela,  
—que para admirarte nombro—  
retirada en esa pieza,  
dice que fue el duque Octavio  
quien, con engaño y cautela,  
la gozó.

REY:

¿Qué dices?

PEDRO:

Digo  
lo que ella propia confiesa.

REY:

¡Ah, pobre honor! Si eres alma  
del hombre, ¿por qué te dejan

en la mujer inconstante,  
si es la misma ligereza?  
¡Hola!

Sale un CRIADO

CRIADO:  
¿Gran señor?

REY:  
Traed  
delante de mi presencia  
esa mujer.

PEDRO:  
Ya la guardia  
viene, gran señor, con ella.

Trae la GUARDA a ISABELA

ISABELA:  
¿Con qué ojos veré al rey?

REY:  
Idos, y guardad la puerta  
de esa cuadra. Di, mujer,  
¿qué rigor, qué airada estrella  
te incitó, que en mi palacio,  
con hermosura y soberbia,  
profanases sus umbrales?

ISABELA:  
Señor...

REY:  
Calla, que la lengua

no podrá dorar el yerro  
que has cometido en mi ofensa.  
¿Aquél era del duque Octavio?

ISABELA:

Sí, señor.

REY:

No importan fuerzas,  
guardas, criados, murallas,  
fortalecidas almenas,  
para amor, que la de un niño  
hasta los muros penetra.  
Don Pedro Tenorio, al punto  
a esa mujer llevad presa  
a una torre, y con secreto  
haced que al duque le prendan;  
que quiero hacer que le cumpla  
la palabra, o la promesa.

ISABELA:

Gran señor, volvedme el rostro.

REY:

Ofensa a mi espalda hecha,  
es justicia y es razón  
castigalla a espaldas vueltas.

Vase el REY

PEDRO:

Vamos, duquesa.

ISABELA:

(Mi culpa Aparte  
no hay disculpa que la venza,  
mas no será el yerro tanto

si el duque Octavio lo enmienda).

Vanse todos. Salen el duque OCTAVIO, y RIPIO su criado

RIPIO:

¿Tan de mañana, señor,  
te levantas?

OCTAVIO:

No hay sosiego  
que pueda apagar el fuego  
que enciende en mi alma Amor.  
Porque, como al fin es niño,  
no apetece cama blanda,  
entre regalada holanda,  
cubierta de blanco armiño.  
Acuéstase. No sosiega.  
Siempre quiere madrugar  
por levantarse a jugar,  
que al fin como niño juega.  
Pensamientos de Isabela  
me tienen, amigo, en calma;  
que como vive en el alma,  
anda el cuerpo siempre en vela,  
guardando ausente y presente,  
el castillo del honor.

RIPIO:

Perdóname, que tu amor  
es amor impertinente.

OCTAVIO:

¿Qué dices, necio?

RIPIO:

Esto digo,  
impertinencia es amar

como amas. ¿Vas a escuchar?

OCTAVIO:

Sí, prosigue.

RIPIO:

Ya prosigo.

¿Quiérete Isabela a ti

OCTAVIO:

¿Eso, necio, has de dudar?

RIPIO:

No, mas quiero preguntar,

¿Y tú no la quieres?

OCTAVIO:

Sí.

RIPIO:

Pues, ¿no seré majadero,

y de solar conocido,

si pierdo yo mi sentido

por quien me quiere y la quiero?

Si ella a ti no te quisiera,

fuera bien el porfialla,

regalalla y adoralla,

y aguardar que se rindiera;

mas si los dos os queréis

con una mesma igualdad,

dime, ¿hay más dificultad

de que luego os desposéis?

OCTAVIO:

Eso fuera, necio, a ser

de lacayo o lavandera

la boda.

RIPIO:

Pues, ¿es quien quiera  
una lavandriz mujer,  
lavando y fregatrizando,  
defendiendo y ofendiendo,  
los paños suyos tendiendo,  
regalando y remendando?  
Dando, dije, porque al dar  
no hay cosa que se le iguale,  
y si no, a Isabela dale,  
a ver si sabe tomar.

Sale un CRIADO

CRIADO:

El embajador de España  
en este punto se apea  
en el zaguán, y desea,  
con ira y fiereza extraña,  
hablarte, y si no entendí  
yo mal, entiendo es prisión.

OCTAVIO:

¿Prisión? Pues, ¿por qué ocasión?  
Decid que entre.

Entra Don PEDRO Tenorio con guardas

PEDRO:

Quien así  
con tanto descuido duerme,  
limpia tiene la conciencia.

OCTAVIO:

Cuando viene vuesaencia

a honrarme y favorecerme,  
no es justo que duerma yo.  
Velaré toda mi vida.  
¿a qué y por qué es la venida?

PEDRO:  
Porque aquí el rey me envió.

OCTAVIO:  
Si el rey mi señor se acuerda  
de mí en aquesta ocasión,  
será justicia y razón  
que por él la vida pierda.  
Decidme, señor, qué dicha  
o qué estrella me ha guiado,  
que de mí el rey se ha acordado?

PEDRO:  
Fue, duque, vuestra desdicha.  
Embajador del rey soy.  
De él os traigo una embajada.

OCTAVIO:  
Marqués, no me inquieta nada.  
Decid, que aguardando estoy.

PEDRO:  
A prenderos me ha enviado  
el rey. No os alborotéis.

OCTAVIO:  
¿Vos por el rey me prendéis?  
Pues, ¿en qué he sido culpado?

PEDRO:  
Mejor lo sabéis que yo,  
mas, por si acaso me engaño,  
escuchad el desengaño,  
y a lo que el rey me envió.

Cuando los negros gigantes,  
plegando funestos toldos  
ya del crepúsculo huían,  
unos tropezando en otros,  
estando yo con su alteza,  
tratando ciertos negocios,  
porque antípodas del sol  
son siempre los poderosos,  
voces de mujer oímos,  
cuyos ecos medio roncós,  
por los artesones sacros  
nos repitieron “¡Socorro!”  
A las voces y al rüido  
acudió, duque, el rey propio,  
halló a Isabela en los brazos  
de algún hombre poderoso;  
mas quien al cielo se atreve  
sin duda es gigante o monstruo.  
Mandó el rey que los prendiera,  
quedé con el hombre solo.  
Llegué y quise desarmalle,  
pero pienso que el demonio  
en él formó forma humana,  
pues que, vuelto en humo, y polvo,  
se arrojó por los balcones,  
entre los pies de esos olmos,  
que coronan del palacio  
los chapiteles hermosos.  
Hice prender la duquesa,  
y en la presencia de todos  
dice que es el duque Octavio  
el que con mano de esposo  
la gozó.

OCTAVIO:  
¿Qué dices?

PEDRO:  
Digo

lo que al mundo es ya notorio,  
y que tan claro se sabe,  
que a Isabela, por mil modos,  
[presa, ya lo ha dicho al rey].  
Con vos, señor, o con otro,  
esta noche en el palacio,  
la habemos hallado todos.

OCTAVIO:

Dejadme, no me digáis  
tan gran traición de Isabela,  
mas... ¿si fue su amor cautela?  
Proseguid, ¿por qué calláis?  
(Mas, si veneno me dais Aparte  
a un firme corazón toca,  
y así a decir me provoca  
que imita a la comadreja,  
que concibe por la oreja,  
para parir por la boca.  
¿Será verdad que Isabela,  
alma, se olvidó de mí  
para darme muerte? Sí,  
que el bien suena y el mal vuela.  
Ya el pecho nada recela,  
juzgando si son antojos,  
que por darme más enojos,  
al entendimiento entró,  
y por la oreja escuchó,  
lo que acreditan los ojos.)  
Señor marqués, ¿es posible  
que Isabela me ha engañado,  
y que mi amor ha burlado?  
Parece cosa imposible.  
¡Oh mujer, ley tan terrible  
de honor, a quien me provoco  
a emprender! Mas ya no toco  
en tu honor esta cautela.  
¿Anoche con Isabela  
hombre en palacio? Estoy loco.

PEDRO:

Como es verdad que en los vientos  
hay aves, en el mar peces,  
que participan a veces  
de todos cuatro elementos;  
como en la gloria hay contentos,  
lealtad en el buen amigo,  
traición en el enemigo,  
en la noche oscuridad,  
y en el día claridad,  
y así es verdad lo que digo.

OCTAVIO:

Marqués, yo os quiero creer,  
ya no hay cosa que me espante,  
que la mujer más constante  
es, en efecto, mujer.  
No me queda más que ver,  
pues es patente mi agravio.

PEDRO:

Pues que sois prudente y sabio  
elegid el mejor medio.

OCTAVIO:

Ausentarme es mi remedio.

PEDRO:

Pues sea presto, duque Octavio.

OCTAVIO:

Embarcarme quiero a España,  
y darle a mis males fin.

PEDRO:

Por la puerta del jardín,  
duque, esta prisión se engaña.

OCTAVIO:

¡Ah veleta, ah débil caña!  
A más furor me provoco,  
y extrañas provincias toco,  
huyendo de esta cautela.  
Patria, adiós. ¿Con Isabela  
hombre en palacio? Estoy loco.

Vanse todos. Sale TISBEA, pescadora, con una caña  
de pescar en la mano

TISBEA:

Yo, de cuantas el mar,  
pies de jazmín y rosas,  
en sus riberas besa,  
con fugitivas olas,  
sola de amor exenta,  
como en ventura sola,  
tirana me reservo  
de sus prisiones locas.  
Aquí donde el sol pisa  
soñolientas las ondas,  
alegando zafiros  
las que espantaba sombras,  
por la menuda arena,  
unas veces aljófara,  
y átomos otras veces  
del sol, que así le adora,  
oyendo de las aves  
las quejas amorosas,  
y los combates dulces  
del agua entre las rocas,  
ya con la sutil caña,  
que el débil peso dobla  
del tierno pececillo,  
que el mar salado azota,  
o ya con la atarraya,

que en sus moradas hondas  
prende en cuantos habitan  
aposentos de conchas,  
seguramente tengo  
que en libertad se goza  
el alma, que amor áspid  
no le ofende ponzoña.  
En pequeñuelo esquife,  
ya en compañía de otras,  
tal vez al mar le peino  
la cabeza espumosa.  
Y cuando más perdidas  
querellas de amor forman,  
como de todos río  
envidia soy de todas.  
Dichosa yo mil veces,  
Amor, pues me perdonas,  
si ya por ser humilde  
no desprecias mi choza.  
Obeliscos de paja  
mi edificio coronan,  
nidos, si no a cigüeñas,  
a tortolillas locas.  
Mi honor conservo en pajas  
como fruta sabrosa,  
vidrio guardado en ellas  
para que no se rompa.  
De cuantos pescadores  
con fuego Tarragona  
de piratas defiende  
en la argentada costa,  
desprecio soy, encanto,  
a sus suspiros sorda,  
a sus ruegos terrible,  
a sus promesas roca.  
Anfriso, a quien el cielo,  
con mano poderosa,  
prodigó un cuerpo y alma  
dotado en gracias todas,

medido en las palabras,  
liberal en las obras,  
sufrido en los desdenes,  
modesto en las congojas,  
mis pajizos umbrales,  
que heladas noches ronda,  
a pesar de los tiempos  
las mañanas remoja,  
pues con los ramos verdes,  
que de los olmos corta,  
cubiertos amanecen  
de flores sin lisonjas.  
Ya con vigüelas dulces,  
y sutiles zamponas,  
músicas me consagra,  
y todo no le importa,  
porque en tirano imperio  
vivo de amor señora,  
que halla gusto en sus penas,  
y en sus infiernos gloria.  
Todas por él se mueren,  
y yo, todas las horas,  
le mato con desdenes,  
de amor condición propia;  
querer donde aborrecen,  
despreciar donde adoran,  
que si le alegran muere,  
y vive si le oprobian.  
En tan alegre día,  
segura de lisonjas,  
mis juveniles años  
amor no los malogra;  
que en edad tan florida,  
Amor, no es suerte poca,  
no ver, tratando en redes,  
las tuyas amorosas.  
Pero, necio discurso,  
que mi ejercicio estorbas,  
en él no me diviertas

en cosa que no importa.  
Quiero entregar la caña  
al viento, y a la boca  
del pececillo el cebo.  
¡Pero al agua se arrojan  
dos hombres de una nave,  
antes que el mar la sorba,  
que sobre el agua viene,  
y en un escollo aborda!  
Como hermoso pavón  
hacen las velas ola,  
adonde los pilotos  
todos los ojos pongan.  
Las olas va escarbando,  
y ya su orgullo y pompa  
casi la desvanece,  
agua un costado toma.  
Hundióse, y dejó al viento  
la gavia, que la escoja  
para morada suya,  
que un loco en gaviás mora.  
Dentro gritos de “¡Que me ahogo!”  
Un hombre al otro aguarda,  
que dice que se ahoga.  
¡Gallarda cortesía,  
en los hombros le toma!  
Anquises le hace Eneas  
si el mar está hecho Troya.  
Ya nadando, las aguas  
con valentía corta,  
y en la playa no veo  
quien lo ampare y socorra.  
Daré voces. ¡Tirso,  
Anfriso, Alfredo, hola!  
Pescadores me miran,  
plega a Dios que me oigan,  
mas milagrosamente  
ya tierra los dos toman,  
sin aliento el que nada,

con vida el que le estorba.

Saca en brazos CATALINÓN a don JUAN, mojados

CATALINÓN:

¡Válgame la Cananea,  
y qué salado es el mar!  
Aquí puede bien nadar  
el que salvarse desea,  
que allá dentro es desatino  
donde la muerte se fragua.  
Donde Dios juntó tanta agua  
¿no juntara tanto vino?  
Agua, y salada. Extremada  
cosa para quien no pesca.  
Si es mala aun el agua fresca,  
¿qué será el agua salada?  
¡Oh, quién hallara una fragua  
de vino, aunque algo encendido!  
Si del agua que he bebido  
hoy escapo, no más agua.  
Desde hoy abrenuncio de ella,  
que la devoción me quita  
tanto, que aun agua bendita  
no pienso ver, por no vella.  
¡Ah señor! Helado y frío  
está. ¿Si estará ya muerto?  
Del mar fue este desconcierto,  
y mío este desvarío.  
¡Mal haya aquél que primero  
pinos en el mar sembró  
y el que sus rumbos midió  
con quebradizo madero!  
¡Maldito sea el vil sastre  
que cosió el mar que dibuja  
con astronómica aguja,  
causando tanto desastre!

¡Maldito sea Jasón,  
y Tifis maldito sea!  
Muerto está. No hay quien lo crea.  
¡Mísero Catalinón!  
¿Qué he de hacer?

TISBEA:  
Hombre, ¿qué tienes?

CATALINÓN:  
En desventura iguales,  
pescadora, muchos males,  
y falta de muchos bienes.  
Veo, por librarme a mí,  
sin vida a mi señor. Mira  
si es verdad.

TISBEA:  
No, que aun respira.

CATALINÓN:  
¿Por dónde, por aquí?

TISBEA:  
Sí,  
pues, ¿por dónde...?

CATALINÓN:  
Bien podía  
respirar por otra parte.

TISBEA:  
Necio estás.

CATALINÓN:  
Quiero besarte  
las manos de nieve fría.

TISBEA:

Ve a llamar los pescadores  
que en aquella choza están.

CATALINÓN:

¿Y si los llamo, ¿vendrán?

TISBEA:

Vendrán presto, no lo ignores.  
¿Quién es este caballero?

CATALINÓN:

Es hijo aqieste señor  
del camarero mayor  
del rey, por quien ser espero  
antes de seis días Conde  
en Sevilla, a donde va,  
y adonde su alteza está,  
si a mi amistad corresponde.

TISBEA:

¿Cómo se llama?

CATALINÓN:

Don Juan  
Tenorio.

TISBEA:

Llama mi gente.

CATALINÓN:

Ya voy.

Vase CATALINÓN. Coge en el regazo TISBEA a don JUAN

TISBEA:

Mancebo excelente,

gallardo, noble y galán.  
Volved en vos, caballero.

JUAN:  
¿Dónde estoy?

TISBEA:  
Ya podéis ver,  
en brazos de una mujer.

JUAN:  
Vivo en vos, si en el mar muero.  
Ya perdí todo el recelo  
que me pudiera anegar,  
pues del infierno del mar  
salgo a vuestro claro cielo.  
Un espantoso huracán  
dio con mi nave al través,  
para arrojarme a esos pies,  
que abrigo y puerto me dan,  
y en vuestro divino oriente  
renazco, y no hay que espantar,  
pues veis que hay de amar a mar  
una letra solamente.

TISBEA:  
Muy grande aliento tenéis  
para venir sin aliento,  
y tras de tanto tormento,  
mucho contento ofrecéis;  
pero si es tormento el mar,  
y son sus ondas crüeles,  
la fuerza de los cordeles,  
pienso que os hacen hablar.  
Sin duda que habéis bebido  
del mar la ración pasada,  
pues por ser de agua salada  
con tan grande sal ha sido.  
Mucho habláis cuando no habláis,

y cuando muerto venís,  
mucho al parecer sentís,  
plega a Dios que no mintáis.  
Parecéis caballo griego,  
que el mar a mis pies desagua,  
pues venís formado de agua,  
y estáis preñado de fuego.  
Y si mojado abrasáis,  
estando enjuto, ¿qué haréis?  
Mucho fuego prometéis,  
plega a Dios que no mintáis.

JUAN:

A Dios, zagala, pluguiera  
que en el agua me anegara,  
para que cuerdo acabara,  
y loco en vos no muriera;  
que el mar pudiera anegarme  
entre sus olas de plata,  
que sus límites desata,  
mas no pudiera abrasarme.  
Gran parte del sol mostráis,  
pues que el sol os da licencia,  
pues sólo con la apariencia,  
siendo de nieve abrasáis.

TISBEA:

Por más helado que estáis,  
tanto fuego en vos tenéis,  
que en este mío os ardéis,  
plega a Dios que no mintáis.

Salen CATALINÓN, CORIDÓN y ANFRISO, pescadores

CATALINÓN:

Ya vienen todos aquí.

TISBEA:

Y ya está tu fuego vivo.

JUAN:

Con tu presencia recibo  
el aliento que perdí.

CORIDÓN:

¿Qué nos mandas?

TISBEA:

Coridón,  
Anfriso, amigos...

CORIDÓN:

Todos  
buscamos por varios modos  
esta dichosa ocasión.  
Di qué nos mandas, Tisbea,  
que por labios de clavel  
no lo habrás mandado a aquél  
que idolatrarte desea,  
apenas, cuando al momento,  
sin reservar llanto, o sierra,  
surque el mar, are la tierra,  
tale el fuego y pare el viento.

TISBEA:

¡Oh, qué mal me parecía  
estas lisonjas ayer,  
y hoy echo en ellas de ver  
que sus labios no mentían!  
Estando, amigos, pescando  
sobre este peñasco, vi  
hundirse una nave allí,  
y entre las olas nadando  
dos hombres, y compasiva  
di voces que nadie oyó;

y en tanta aflicción llegó  
libre de la furia esquiva  
del mar, sin vida a la arena,  
de éste en los hombros cargado,  
un hidalgo, ya anegado;  
y envuelta en tan triste pena,  
a llamaros envié.

ANFRISO:

Pues aquí todos estamos,  
manda que en tu gusto hagamos,  
lo que pensado no fue.

TISBEA:

Que a mi choza los llevemos  
quiero, donde agradecidos  
reparemos sus vestidos  
y a ellos los regalemos,  
que mi padre gusta mucho  
de esta debida piedad.

CATALINÓN:

Extremada es su beldad.

JUAN:

Escucha aparte.

CATALINÓN:

Ya escucho.

JUAN:

Si te pregunta quién soy,  
di que no sabes.

CATALINÓN:

¿A mí  
quieres advertirme aquí  
lo que he de hacer?

JUAN:  
Muerto voy  
por la hermosa pescadora.  
Esta noche he de gozalla.

CATALINÓN:  
¿De qué suerte?

JUAN:  
Ven y calla.

CORIDÓN:  
Anfriso, dentro de un hora  
los pescadores prevén  
que canten y bailen.

ANFRISO:  
Vamos,  
y esta noche nos hagamos  
rajas, y paños también.

JUAN:  
Muerto soy.

TISBEA:  
¿Cómo, si andáis?

JUAN:  
Ando en pena, como veis.

TISBEA:  
Mucho habláis.

JUAN:  
Mucho encendéis.

TISBEA:  
Plega a Dios que no mintáis.

Vanse todos

Salen don GONZALO de Ulloa y el REY don Alfonso de Castilla

REY:

¿Cómo os ha sucedido en la embajada,  
comendador mayor?

GONZALO:

Hallé en Lisboa  
al rey don Juan tu primo, previniendo  
treinta naves de armada.

REY:

¿Y para dónde?

GONZALO:

Para Goa me dijo, mas yo entiendo  
que a otra empresa más fácil apercibe;  
a Ceuta, o Tánger pienso que pretende  
cercar este verano.

REY:

Dios le ayude,  
y premie el cielo de aumentar su gloria.  
¿Qué es lo que concertasteis?

GONZALO:

Señor, pide  
a Cerpa, y Mora, y Olivencia, y Toro,  
y por eso te vuelve a Villaverde,  
al Almendral, a Mértola, y Herrera  
entre Castilla y Portugal.

REY:

Al punto  
se firman los conciertos, don Gonzalo;

mas decidme primero cómo ha ido  
en el camino, que vendréis cansado,  
y alcanzado también.

GONZALO:  
Para serviros,  
nunca, señor, me canso.

REY:  
¿Es buena tierra  
Lisboa?

GONZALO:  
La mayor ciudad de España.  
Y si mandas que diga lo que he visto  
de lo exterior y célebre, en un punto  
en tu presencia te podré un retrato.

REY:  
Gustaré de oírlo. Dadme silla.

GONZALO:  
Es Lisboa una octava maravilla.  
De las entrañas de España,  
que son las tierras de Cuenca,  
nace el caudaloso Tajo,  
que media España atraviesa.  
Entra en el mar Oceano,  
en las sagradas riberas  
de esta ciudad por la parte  
del sur; mas antes que pierda  
su curso y su claro nombre  
hace un cuarto entre dos sierras  
donde están de todo el orbe  
barcas, naves, caravelas.  
Hay galeras y saetías,  
tantas que desde la tierra  
para una gran ciudad  
adonde Neptuno reina.

A la parte del poniente,  
guardan del puerto dos fuerzas,  
de Cascaes y Sangián,  
las más fuertes de la tierra.  
Está de esta gran ciudad,  
poco más de media legua,  
Belén, convento del santo  
conocido por la piedra  
y por el león de guarda,  
donde los reyes y reinas,  
católicos y cristianos,  
tienen sus casas perpetuas.  
Luego esta máquina insigne,  
desde Alcántara comienza  
una gran legua a tenderse  
al convento de Jabregas.  
En medio está el valle hermoso  
coronado de tres cuestras,  
que quedara corto Apeles  
cuando pintarlas quisiera,  
porque miradas de lejos  
parecen piñas de perlas,  
que están pendientes del cielo,  
en cuya grandeza inmensa  
se ven diez Romas cifradas  
en conventos y en iglesias,  
en edificios y calles,  
en solares y encomiendas,  
en las letras y en las armas,  
en la justicia tan recta,  
y en una Misericordia,  
que está honrando su ribera,  
y pudiera honrar a España,  
y aun enseñar a tenerla.  
Y en lo que yo más alabo  
de esta máquina soberbia,  
es que del mismo castillo,  
en distancia de seis leguas,  
se ven sesenta lugares

que llega el mar a sus puertas,  
uno de los cuales es  
el Convento de Odivelas,  
en el cual vi por mis ojos  
seiscientas y treinta celdas,  
y entre monjas y beatas,  
pasan de mil y doscientas.  
Tiene desde allí a Lisboa,  
en distancia muy pequeña,  
mil y ciento y treinta quintas,  
que en nuestra provincia Bética  
llaman cortijos, y todas  
con sus huertos y alamedas.  
En medio de la ciudad  
hay una plaza soberbia,  
que se llama del Ruzío,  
grande, hermosa, y bien dispuesta,  
que habrá cien años y aun más  
que el mar bañaba su arena,  
y agora de ella a la mar,  
hay treinta mil casas hechas,  
que perdiendo el mar su curso,  
se tendió a partes diversas.  
Tiene una calle que llaman  
Rúa Nova, o calle nueva,  
donde se cifra el oriente  
en grandezas y riquezas,  
tanto que el rey me contó  
que hay un mercader en ella,  
que por no poder contarle,  
mide el dinero a fanegas.  
El terrero, donde tiene  
Portugal su casa regia  
tiene infinitos navíos,  
varados siempre en la tierra,  
de sólo cebada y trigo,  
de Francia y Ingalaterra.  
Pues, el palacio real,  
que el Tajo sus manos besa,

es edificio de Ulises,  
que basta para grandeza,  
de quien toma la ciudad  
nombre en la latina lengua,  
llamándose Ulisibona,  
cuyas armas son la esfera,  
por pedestal de las llagas,  
que, en la batalla sangrienta,  
al rey don Alfonso Enríquez  
dio la majestad inmensa.  
Tiene en su gran Tarazona  
diversas naves, y entre ellas  
las naves de la conquista,  
tan grandes, que de la tierra  
miradas, juzgan los hombres  
que tocan en las estrellas.  
Y lo que de esta ciudad  
te cuento por excelencia,  
es, que estando sus vecinos  
comiendo, desde las mesas,  
ven los copos del pescado  
que junto a sus puertas pescan  
que, bullendo entre las redes,  
vienen a entrarse por ellas.  
Y sobre todo el llegar  
cada tarde a su ribera  
más de mil barcos cargados  
de mercancías diversas,  
y de sustento ordinario,  
pan, aceite, vino y leña,  
frutas de infinita suerte,  
nieve de sierra de Estrella,  
que por las calles a gritos,  
puesta sobre las cabezas,  
la venden; mas, ¿qué me canso?,  
porque es contar las estrellas,  
querer contar una parte  
de la ciudad opulenta.  
Ciento y treinta mil vecinos

tiene, gran señor, por cuenta,  
y por no cansarte más,  
un rey que tus manos besa.

REY:  
Más estimo, don Gonzalo,  
escuchar de vuestra lengua  
esa relación sucinta,  
que haber visto su grandeza.  
¿Tenéis hijos?

GONZALO:  
Gran señor,  
una hija hermosa y bella,  
en cuyo rostro divino  
se esmeró naturaleza.

REY:  
Pues yo os la quiero casar  
de mi mano.

GONZALO:  
Como sea  
tu gusto, digo, señor,  
que yo la acepto por ella;  
pero ¿quién es el esposo?

REY:  
Aunque no está en esta tierra,  
es de Sevilla, y se llama  
don Juan Tenorio.

GONZALO:  
Las nuevas  
voy a llevar a doña Ana.  
[¡Qué ilustre esposo le espera!]

REY:  
Id en buena hora, y volved,

Gonzalo, con la respuesta.

Vanse todos. Salen don JUAN Tenorio y CATALINÓN

JUAN:

Esas dos yeguas prevén,  
pues acomodadas son.

CATALINÓN:

Aunque soy Catalinón,  
soy, señor, hombre de bien,  
que no se dijo por mí,  
“Catalinón es el hombre,”  
que sabes que aqueso nombre  
me asienta al revés aquí.

JUAN:

Mientras que los pescadores  
van de regocijo y fiesta,  
tú las dos yeguas apresta,  
que de sus pies voladores,  
sólo nuestro engaño fío.

CATALINÓN:

¿Al fin pretendes gozar  
a Tisbea?

JUAN:

Si el burlar  
es hábito antiguo mío,  
¿qué me preguntas, sabiendo  
mi condición?

CATALINÓN:

Ya sé que eres  
castigo de las mujeres.

JUAN:  
Por Tisbea estoy muriendo,  
que es buena moza.

CATALINÓN:  
Buen pago  
a su hospedaje deseas.

JUAN:  
Necio, lo mismo hizo Eneas  
con la reina de Cartago.

CATALINÓN:  
Los que fingís y engañáis  
las mujeres de esa suerte,  
lo pagaréis en la muerte.

JUAN:  
¡Qué largo me lo fiáis!  
Catalinón con razón  
te llaman.

CATALINÓN:  
Tus pareceres  
sigue, que en burlar mujeres  
quiero ser Catalinón.  
Ya viene la desdichada.

JUAN:  
Vete, y las yeguas prevén.

CATALINÓN:  
Pobre mujer, harto bien  
te pagamos la posada.

Vase CATALINÓN y sale TISBEA

TISBEA:

El rato que sin ti estoy  
estoy ajena de mí.

JUAN:

Por lo que finges así,  
ningún crédito te doy.

TISBEA:

¿Por qué?

JUAN:

Porque si me amaras  
mi alma favorecieras.

TISBEA:

Tuya soy.

JUAN:

Pues, di, ¿qué esperas?  
¿O en qué, señora, reparas?

TISBEA:

Reparo en que fue castigo  
de amor el que he hallado en ti.

JUAN:

Si vivo, mi bien, en ti,  
a cualquier cosa me obligo,  
aunque yo sepa perder  
en tu servicio la vida,  
la diera por bien perdida,  
y te prometo de ser  
tu esposo.

TISBEA:

Soy desigual  
a tu ser.

JUAN:

Amor es rey  
que iguala con justa ley  
la seda con el sayal.

TISBEA:

Casi te quiero creer,  
mas sois los hombres traidores.

JUAN:

¿Posible es, mi bien, que ignores  
mi amoroso proceder?  
Hoy prendes con tus cabellos  
mi alma.

TISBEA:

Ya a ti me allano,  
bajo la palabra y mano  
de esposo.

JUAN:

Juro, ojos bellos,  
que mirando me matáis,  
de ser vuestro esposo.

TISBEA:

Advierte,  
mi bien, que hay Dios y que hay muerte.

JUAN:

¡Qué largo me lo fiáis!  
Ojos bellos, mientras viva  
yo vuestro esclavo seré,  
ésta es mi mano y mi fe.

TISBEA:

No seré en pagarte esquiva.

JUAN:  
Ya en mí mismo no sosiego.

TISBEA:  
Ven, y será la cabaña  
del amor que me acompaña,  
tálamo de nuestro fuego.  
Entre estas cañas te esconde,  
hasta que tenga lugar.

JUAN:  
¿Por dónde tengo de entrar?

TISBEA:  
Ven, y te diré por dónde.

JUAN:  
Gloria al alma, mi bien, dais.

TISBEA:  
Esa voluntad te obligue,  
y si no, Dios te castigue.

JUAN:  
¡Qué largo me lo fiáis!

Vanse y salen CORIDÓN, ANFRISO, BELISA y MÚSICOS

CORIDÓN:  
Ea, llamad a Tisbea,  
y las zagalas llamad,  
para que en la soledad  
el huésped la corte vea.

ANFRISO:  
¡Tisbea, Lucindo, Antandra!  
No vi cosa más crüel,

triste y mísero de aquél  
que en su fuego es salamandra.  
Antes que el baile empecemos,  
a Tisbea prevengamos.

BELISA:  
Vamos a llamarla.

CORIDÓN:  
Vamos.

BELISA:  
A su cabaña lleguemos.

CORIDÓN:  
¿No ves que estará ocupada  
con los huéspedes dichosos,  
de quien hay mil envidiosos?

ANFRISO:  
Siempre es Tisbea envidiada.

BELISA:  
Cantad algo mientras viene,  
porque queremos bailar.

ANFRISO:  
¿Cómo podrá descansar  
cuidado que celos tiene?

Cantan

MÚSICOS:  
“A pescar sale la niña,  
tendiendo redes,  
y en lugar de pececillos,  
las almas prende.”

Sale TISBEA

TISBEA:

¡Fuego, fuego, que me quemo,  
que mi cabaña se abrasa!  
Repicad a fuego, amigos,  
que ya dan mis ojos agua.  
Mi pobre edificio queda  
hecho otra Troya en las llamas,  
que después que faltan Troyas,  
quiere amor quemar cabañas;  
mas si amor abrasa peñas,  
con gran ira, fuerza extraña,  
mal podrán de su rigor  
reservarse humildes pajas.  
¡Fuego, zagales, fuego, agua, agua!  
Amor, clemencia, que se abrasa el alma.  
Ay choza, vil instrumento  
de mi deshonra, y mi infamia,  
cueva de ladrones fiera,  
que mis agravios amparas.  
Rayos de ardientes estrellas  
en tus cabelleras caigan,  
porque abrasadas estén,  
si del viento mal peinadas.  
¡Ah falso huésped, que dejas  
una mujer deshonorada!  
Nube que del mar salió,  
para anegar mis entrañas.  
¡Fuego, zagales, fuego, agua, agua!  
Amor, clemencia, que se abrasa el alma.  
Yo soy la que hacía siempre  
de los hombres burla tanta.  
¡Que siempre las que hacen burla,  
vienen a quedar burladas!  
Engañóme el caballero  
debajo de fe y palabra  
de marido, y profanó  
mi honestidad y mi cama.

Gozóme al fin, y yo propia  
le di a su rigor las alas,  
en dos yeguas que crié,  
con que me burló y se escapa.  
Seguidle todos, seguidle,  
mas no importa que se vaya,  
que en la presencia del rey  
tengo de pedir venganza.  
¡Fuego, zagales, fuego, agua, agua!  
Amor, clemencia, que se abrasa el alma.

Vase TISBEA

CORIDÓN:  
Seguid al vil caballero.

ANFRISO:  
Triste del que pena y calla,  
mas vive el cielo que en él  
me he de vengar de esta ingrata.  
Vamos tras ella nosotros,  
porque va desesperada,  
y podrá ser que ella vaya  
buscando mayor desgracia.

CORIDÓN:  
Tal fin la soberbia tiene,  
su locura y confianza  
paró en esto.

Dentro se oye gritando TISBEA “¡Fuego,  
fuego!”

ANFRISO:  
Al mar se arroja.

CORIDÓN:

Tisbea, detente y para.

TISBEA:

¡Fuego, zagales, fuego, agua, agua!  
Amor, clemencia, que se abrasa el alma.

### Acto segundo

Salen el REY y don Diego TENORIO, el viejo

REY:

¿Que esto pasa?

TENORIO:

Señor, esto me escribe  
de Nápoles don Pedro, que le hallaron  
con dama en el palacio; y apercibe  
remedio en este caso.

REY:

¿Y le dejaron  
con vida?

TENORIO:

Por don Pedro, señor, vive,  
que, sin que se supiese, le ausentaron;  
y la dama, inocente de este agravio  
agresor hizo de esto al duque Octavio,  
y ya en Sevilla está.

REY:

Sí; mas ¿qué haremos

con Gonzalo de Ulloa, que le había tratado el casamiento?

TENORIO:

Bien podremos poner remedio, pues el tiempo envía ocasión, y en la mano la tenemos; que el duque Octavio remediar podría el yerro de don Juan, pues que su casa a la de don Gonzalo llega, y pasa.

REY:

No me parece mal, como no inquiete al duque la pasión que de Isabela, con el amor que tuvo, nos promete, en cuya confusión hoy se desvela. Pues la ocasión tenemos del copete, asírla, que es ligera y siempre vuela; y viene a ser aquéste el mejor medio que a dos casos como éstos da remedio. Y ¿adónde esté ese loco?

TENORIO:

Jamás niego a vuestra alteza cosa que pretenda saber; y cuando aquí pende el sosiego de don Juan, y con esto el yerro enmienda, por quien se acabe el encendido fuego que él comenzó, es ya justo que lo entienda, señor. Tu alteza, ya en Sevilla asiste, y así encubierto está mientras se viste.

REY:

Pues decidle que de ella salga al punto, que pienso que es travieso, y la pasea, porque el remedio de esto venga junto.

TENORIO:

A Lebrija se irá.

REY:

Mi enojo vea  
en el destierro.

TENORIO:

Quedará difunto  
cuando lo sepa.

REY:

Lo que digo sea  
sin falta.

TENORIO:

El duque Octavio es el que viene.

REY:

Decid que llegue, que licencia tiene.

Sale el duque OCTAVIO, de camino

OCTAVIO:

A esos pies, gran señor, un peregrino  
mísero y desterrado, ofrece el labio,  
juzgando por más fácil el camino  
en vuestra gran presencia, el duque Octavio.  
Huyendo vengo el fiero desatino  
de una mujer, el no pensado agravio  
de un caballero, que la causa ha sido  
de que así a vuestros pies haya venido.

REY:

Ya, duque Octavio, sé vuestra inocencia,  
y al rey escribiré que os restituya  
en vuestro estado, puesto que el ausencia  
que hicisteis, algún daño os atribuya.  
Yo os casaré en Sevilla, con licencia  
del rey, y con perdón y gracia suya

que puesto que Isabela un ángel sea,  
mirando la que os doy, ha de ser fea.  
Comendador mayor de Calatrava  
es Gonzalo de Ulloa, un caballero  
a quien el moro por temor alaba,  
que siempre es el cobarde lisonjero.  
Éste tiene una hija, en quien bastaba  
en dote la virtud, que considero,  
después de la beldad, que es maravilla  
y el sol de las estrellas de Sevilla.  
Ésta quiero que sea vuestra esposa.

OCTAVIO:

Cuando yo este viaje le emprendiera  
sólo a eso, mi suerte era dichosa,  
sabiendo yo que vuestro gusto fuera.

REY:

Hospedaréis al duque, sin que cosa  
en su regalo falte.

OCTAVIO:

Quien espera  
en vos, señor, saldrá de premios lleno.  
Primero Alfonso sois, siendo el oncenno.

Vanse el REY y don Diego TENORIO, y sale RIPIO

RIPIO:

¿Qué ha sucedido?

OCTAVIO:

Que he dado  
el trabajo recibido,  
conforme me ha sucedido,  
desde hoy por bien empleado.  
Hablé al rey, vióme y honróme,

César con él César fui,  
pues vi, peleé y vencí,  
y ya hace que esposa tome  
de su mano, y se prefiere  
a desenojar al rey  
en la fulminada ley.

RIPIO:

Con razón el nombre adquiere  
de generoso en Castilla.  
¿Al fin te llegó a ofrecer  
mujer?

OCTAVIO:

Sí, amigo, y mujer  
de Sevilla, que Sevilla  
da, si averiguarlo quieres,  
porque de oíllo te asombres,  
si fuertes y airosos hombres,  
también gallardas mujeres.  
Un manto tapado, un brío,  
donde un puro sol se esconde,  
si no es en Sevilla, ¿adónde  
se admite? El contento mío  
es tal que ya me consuela  
en mi mal.

Salen CATALINÓN y don JUAN

CATALINÓN:

Señor, detente,  
que aquí está el duque, inocente  
sagitario de Isabela,  
aunque mejor le diré  
capricornio.

JUAN:  
Disimula.

CATALINÓN:  
Cuando le vende, le adula.

JUAN:  
Como a Nápoles dejé  
por enviarme a llamar  
con tanta prisa mi rey,  
y como su gusto es ley,  
no tuve, Octavio, lugar  
de despedirme de vos  
de ningún modo.

OCTAVIO:  
Por eso,  
don Juan amigo, os confieso,  
que hoy nos juntamos los dos  
en Sevilla.

JUAN:  
¿Quién pensara,  
duque, que en Sevilla os viera;  
¿vos Puzol, vos la Ribera,  
desde Parténope clara  
dejáis? Aunque es un lugar  
Nápoles tan excelente,  
por Sevilla solamente  
se puede, amigo, dejar.

OCTAVIO:  
Si en Nápoles os oyera,  
y no en la parte en que estoy,  
del crédito que ahora os doy  
sospecho que me riera.  
Mas, llegándola a habitar,  
es, por lo mucho que alcanza  
corta, cualquier alabanza

que a Sevilla queráis dar,  
¿quién es el que viene allí?

JUAN:  
El que viene es el marqués  
de la Mota.

OCTAVIO:  
Descortés  
es fuerza ser.

JUAN:  
Si de mí  
algo hubiereis menester,  
aquí espada y brazo está.

CATALINÓN:  
(Y si importa gozará Aparte  
en su nombre otra mujer,  
que tiene buena opinión).

OCTAVIO:  
De vos estoy satisfecho.

CATALINÓN:  
Si fuere de algún provecho,  
señores, Catalinón,  
vuarcedes continuamente  
me hallarán para servillos.

RIPIO:  
¿Y dónde?

CATALINÓN:  
En los Pajarillos,  
tabernáculo excelente.

Vanse OCTAVIO y RIPIO y salen el marqués de la MOTA y su CRIADO

MOTA:

Todo hoy os ando buscando,  
y no os he podido hallar.  
¿Vos, don Juan, en el lugar,  
y vuestro amigo penando  
en vuestra ausencia?

JUAN:

Por Dios,  
amigo, que me debéis  
esa merced que me hacéis.

CATALINÓN:

(Como no le entreguéis vos Aparte  
moza o cosa que lo valga,  
bien podéis fiaros de él,  
que en cuanto a esto es crüel,  
tiene condición hidalga).

JUAN:

¿Qué hay de Sevilla?

MOTA:

Está ya  
toda esta corte mudada.

JUAN:

¿Mujeres?

MOTA:

Cosa juzgada.

JUAN:

¿Inés?

MOTA:

A Bejel se va.

JUAN:  
Buen lugar para vivir  
la que tan dama nació.

MOTA:  
El tiempo la desterró  
a Bejel.

JUAN:  
Irá a morir.  
¿Constanza?

MOTA:  
Es lástima vella  
lampiña de frente y ceja,  
llámala el portugués vieja,  
y ella imagina que bella.

JUAN:  
Sí, que velha en portugués  
suena “vieja” en castellano.  
¿Y Teodora?

MOTA:  
Este verano  
se escapó del mal francés  
por un río de sudores,  
y está tan tierna y reciente  
que anteayer me arrojó un diente  
envuelto entre muchas flores.

JUAN:  
¿Julia, la del Candilejo?

MOTA:  
Ya con sus afeites lucha.

JUAN:  
¿Véndese siempre por trucha?

MOTA:

Ya se da por abadejo.

JUAN:

¿El barrio de Cantarranas  
tiene buena población?

MOTA:

Ranas las más de ellas son.

JUAN:

¿Y viven las dos hermanas?

MOTA:

Y la mona de Tolú  
de su madre Celestina,  
que les enseña doctrina.

JUAN:

¡Oh, vieja de Belcebú!  
¿Cómo la mayor está?

MOTA:

Blanca, y sin blanca ninguna.  
Tiene un santo a quien ayuna.

JUAN:

¿Agora en viglias da?

MOTA:

Es firme y santa mujer.

JUAN:

¿Y esotra?

MOTA:

Mejor principio  
tiene; no desecha ripio.

JUAN:  
Buen albañir quiere ser.  
Marqués, ¿qué hay de perros muertos?

MOTA:  
Yo y don Pedro de Esquivel  
dimos anoche uno crüel,  
y esta noche tengo ciertos  
otros dos.

JUAN:  
Iré con vos,  
que también recorreré  
ciertos nidos que dejé  
en huevos para los dos.  
¿Qué hay de terrero?

MOTA:  
No muero  
en terrero, que enterrado  
me tiene mayor cuidado.

JUAN:  
¿Cómo?

MOTA:  
Un imposible quiero.

JUAN:  
Pues, ¿no os corresponde?

MOTA:  
Sí,  
me favorece y me estima.

JUAN:  
¿Quién es?

MOTA:

Doña Ana, mi prima,  
que es recién llegada aquí.

JUAN:

Pues, ¿dónde ha estado?

MOTA:

En Lisboa,  
con su padre en la embajada.

JUAN:

¿Es hermosa?

MOTA:

Es extremada,  
porque en doña Ana de Ulloa  
se extremó Naturaleza.

JUAN:

¿Tan bella es esa mujer?  
¡Vive Dios que la he de ver!

MOTA:

Veréis la mayor belleza  
que los ojos del sol ven.

JUAN:

Casaos, si es tan extremada.

MOTA:

El rey la tiene casada  
y no se sabe con quién.

JUAN:

¿No os favorece?

MOTA:

Y me escribe.

CATALINÓN:

(No prosigas, que te engaña Aparte  
el gran burlador de España).

JUAN:

Quien tan satisfecho vive  
de su amor, ¿desdichas teme?  
Sacadla, solicitadla,  
escribidla, y engañadla,  
y el mundo se abraza y queme.

MOTA:

Agora estoy esperando  
la postrer resolución.

JUAN:

Pues no perdáis la ocasión,  
que aquí os estoy aguardando.

MOTA:

Ya vuelvo.

CATALINÓN:

Señor cuadrado,  
o señor redondo, adiós.

CRIADO:

Adiós.

Vanse el marqués de la MOTA y su CRIADO

JUAN:

Pues solos los dos,  
amigo, habemos quedado,  
los pasos sigue al marqués,  
que en el palacio se entró.

Vase CATALINÓN, habla por una reja una MUJER

MUJER:

Ce, ¿a quién digo?

JUAN:

¿Quién llamó?

MUJER:

Si sois prudente y cortés,  
y su amigo, dadle luego  
al marqués este papel;  
mirad que consiste en él  
de una señora el sosiego.

JUAN:

Digo que se lo daré,  
soy su amigo y caballero.

MUJER:

Basta, señor forastero,  
adiós.

Vase la MUJER

JUAN:

Ya la voz se fue.  
¿No parece encantamiento  
esto que agora ha pasado?  
A mí el papel ha llegado  
por la estafeta del viento.  
Sin duda que es de la dama  
que el marqués me ha encarecido.  
Venturoso en esto he sido.

Sevilla a voces me llama  
el burlador, y el mayor  
gusto que en mí puede haber  
es burlar una mujer  
y dejarla sin honor.  
Vive Dios que le he de abrir,  
pues salí de la plazuela.  
Mas ¿si hubiese otra cautela?  
Gana me da de reír.  
Ya está abierto el papel,  
y que es suyo es cosa llana,  
porque aquí firma doña Ana.  
Dice así:  
“Mi padre infiel  
en secreto me ha casado,  
sin poderme resistir.  
No sé si podré vivir,  
porque la muerte me ha dado.  
Si estimas, como es razón,  
mi amor y mi voluntad,  
y si tu amor fue verdad,  
muéstralo en esta ocasión.  
Porque veas que te estimo,  
ven esta noche a la puerta,  
que estará a las once abierta,  
donde tu esperanza, primo,  
goces, y el fin de tu amor.  
Traerás, mi gloria, por señas  
de Leonorilla y las dueñas  
una capa de color.  
Mi amor todo de ti fío,  
y adiós.” ¡Desdichado amante!  
¿Hay suceso semejante?  
Ya de la burla me río.  
Gozaréla, vive Dios,  
con el engaño y cautela  
que en Nápoles a Isabela.

Sale CATALINÓN

CATALINÓN:  
Ya el marqués viene.

JUAN:  
Los dos  
aquesta noche tenemos  
que hacer.

CATALINÓN:  
¿Hay engaño nuevo?

JUAN:  
¡Extremado!

CATALINÓN:  
No lo apruebo.  
Tú pretendes que escapemos  
una vez, señor, burlados;  
que el que vive de burlar,  
burlado habrá de escapar  
pagando tantos pecados  
de una vez.

JUAN:  
¿Predicador  
te vuelves, impertinente?

CATALINÓN:  
La razón hace al valiente.

JUAN:  
Y al cobarde hace el temor.  
El que se pone a servir,  
voluntad no ha de tener,  
y todo ha de ser hacer,  
y nada ha de ser decir.

Sirviendo, jugando estás,  
y si quieres ganar luego,  
haz siempre, porque en el juego  
quien más hace, gana más.

CATALINÓN:  
Y también quien hace y dice  
topa y pierde en cualquier parte.

JUAN:  
Esta vez quiero avisarte  
porque otra vez no te avise.

CATALINÓN:  
Digo que de aquí adelante  
lo que me mandes haré,  
y a tu lado forzaré  
un tigre y un elefante;  
guárdese de mí un prior  
que si me mandas que calle,  
y le fuerce, he de forzalle  
sin réplica, mi señor.

Sale el marqués de la MOTA

JUAN:  
Calla, que viene el marqués.

CATALINÓN:  
¿Pues, ha de ser el forzado?

JUAN:  
Para vos, marqués me han dado  
un recado hartó cortés,  
por esa reja, sin ver  
el que me lo daba allí.  
Sólo en la voz conocí

que me lo daba mujer.  
Dícete al fin, que a las doce  
vayas secreto a la puerta,  
que estará a las once abierta,  
donde tu esperanza goce  
la posesión de tu amor,  
y que llevases por señas  
de Leonorilla y las dueñas,  
una capa de color.

MOTA:  
¿Qué decís?

JUAN:  
Que este recado  
de una ventana me dieron,  
sin ver quién.

MOTA:  
Con él pusieron  
sosiego en tanto cuidado.  
¡Ay, amigo, sólo en ti  
mi esperanza renaciera!  
Dame esos pies.

JUAN:  
Considera  
que no está tu prima en mí.  
¿Eres tú quien ha de ser  
quien la tiene de gozar,  
y me llegas a abrazar  
los pies?

MOTA:  
Es tal el placer  
que me ha sacado de mí.  
¡Oh sol, apresura el paso!

JUAN:

Ya el sol camina al ocaso.

MOTA:

Vamos, amigo, de aquí,  
y de noche nos pondremos;  
loco voy.

JUAN:

Bien se conoce,  
mas yo bien sé que a las doce  
harás mayores extremos.

MOTA:

¡Ay, prima del alma, prima,  
que quieres premiar mi fe!

CATALINÓN:

(¡Vive Cristo que no dé Aparte  
una blanca por su prima!)

Vase el marqués de la MOTA, y sale don DIEGO

DIEGO:

¡Don Juan!

CATALINÓN:

Tu padre te llama.

JUAN:

¿Qué manda vueseñoría?

DIEGO:

Verte más cuerdo quería,  
más bueno, y con mejor fama.  
¿Es posible que procuras  
todas las horas mi muerte?

JUAN:

¿Por qué vienes de esa suerte?

DIEGO:

Por tu trato, y tus locuras.  
Al fin el rey me ha mandado  
que te eche de la ciudad,  
porque está de una maldad  
con justa causa indignado.  
Que aunque me lo has encubierto,  
ya en Sevilla el rey lo sabe,  
cuyo delito es tan grave,  
que a decírtelo no acierto.  
¿En el palacio real  
traición, y con un amigo?  
Traidor, Dios te dé el castigo  
que pide delito igual.  
Mira que aunque al parecer  
Dios te consiente, y aguarda,  
tu castigo no se tarda,  
y que castigo ha de haber  
para los que profanáis  
su nombre, y que es juez fuerte  
Dios en la muerte.

JUAN:

¿En la muerte?  
¿Tan largo me lo fiáis?  
De aquí allá hay larga jornada.

DIEGO:

Breve te ha de parecer.

JUAN:

Y la que tengo de hacer,  
pues a su alteza le agrada,  
ahora, ¿es larga también?

DIEGO:

Hasta que el injusto agravio  
satisfaga el duque Octavio,  
y apaciguados estén  
en Nápoles de Isabela  
los sucesos que has causado,  
en Lebrija retirado,  
por tu traición y cautela,  
quiere el rey que estés agora,  
pena a tu maldad ligera.

CATALINÓN:

(Si el caso también supiera Aparte  
de la pobre pescadora,  
más se enojara el buen viejo).

DIEGO:

Pues no te venzo y castigo  
con cuanto hago y cuanto digo,  
a Dios tu castigo dejo.

Vase don DIEGO

CATALINÓN:

Fuése el viejo enternecido.

JUAN:

Luego las lágrimas copia,  
condición de viejos propia,  
vamos, pues ha anochecido,  
a buscar al marqués.

CATALINÓN:

Vamos,  
y al fin gozarás su dama.

JUAN:  
Ha de ser burla de fama.

CATALINÓN:  
Ruego al cielo que salgamos  
de ella en paz.

JUAN:  
¡Catalinón,  
en fin!

CATALINÓN:  
Y tú, señor, eres  
langosta de las mujeres;  
¡y con público pregón!  
Porque de ti se guardara,  
cuando a noticia viniera  
de la que doncella fuera,  
fuera bien se pregonara:  
“Guárdense todos de un hombre,  
que a las mujeres engaña,  
y es el burlador de España.”

JUAN:  
Tú me has dado gentil nombre.

Sale el marqués de la MOTA, de noche, con MÚSICOS y pasea el  
tablado, y se entran cantando

MÚSICOS:  
“El que un bien gozar espera  
cuando espera desespera.”

JUAN:  
¿Qué es esto?

CATALINÓN:

Música es.

MOTA:

Parece que habla conmigo  
el poeta. ¿Quién es?

JUAN:

Amigo.

MOTA:

¿Es don Juan?

JUAN:

¿Es el marqués?

MOTA:

¿Quién puede ser sino yo?

JUAN:

Luego que la capa vi  
que érades vos conocí.

MOTA:

Cantad, pues don Juan llegó.

MÚSICOS:

“El que un bien gozar espera  
cuando espera desespera.”

JUAN:

¿Qué casa es la que miráis?

MOTA:

De don Gonzalo de Ulloa.

JUAN:

¿Dónde iremos?

MOTA:  
A Lisboa.

JUAN:  
¿Cómo, si en Sevilla estáis?

MOTA:  
¿Pues aqueso os maravilla?  
¿No vive con gusto igual  
lo peor de Portugal  
en lo mejor de Sevilla?

JUAN:  
¿Dónde viven?

MOTA:  
En la calle  
de la Sierpe, donde ves  
a Adán vuelto en portugués;  
que en aqueste amargo valle  
con bocados solicitan  
mil Evas; que aunque dorados,  
en efecto, son bocados  
con que las vidas nos quitan.

CATALINÓN:  
Ir de noche no quisiera  
por esa calle crüel,  
pues lo que de día en miel  
de noche lo dan en cera.  
Una noche, por mi mal,  
la vi sobre mí vertida,  
y hallé que era corrompida  
la cera de Portugal.

JUAN:  
Mientras a la calle vais,  
yo dar un perro quisiera.

MOTA:

Pues cerca de aquí me espera  
un bravo.

JUAN:

Si me dejáis,  
señor marqués, vos veréis  
cómo de mí no se escapa.

MOTA:

Vamos, y poneos mi capa  
para que mejor lo deis.

JUAN:

Bien habéis dicho; venid  
y me enseñaréis la casa.

MOTA:

Mientras el suceso pasa,  
la voz y el habla fingid.  
¿Veis aquella celosía?

JUAN:

Ya la veo.

MOTA:

Pues llegad,  
y decid “Beatriz,” y entrad.

JUAN:

¿Qué mujer?

MOTA:

Rosada, y fría.

CATALINÓN:

Será mujer cantimplora.

MOTA:

En Gradass os aguardamos.

JUAN:  
Adiós, marqués.

CATALINÓN:  
¿Dónde vamos?

JUAN:  
Adonde la burla agora;  
ejecute.

CATALINÓN:  
No se escapa  
nadie de ti.

JUAN:  
El truco adoro.

CATALINÓN:  
Echaste la capa al toro.

JUAN:  
No, el toro me echó la capa.

Vanse don JUAN y CATALINÓN

MOTA:  
La mujer ha de pensar  
que soy yo.

MÚSICO:  
¡Qué gentil perro!

MOTA:  
Esto es acertar por yerro.

MÚSICO:

Todo este mundo es errar,  
que está compuesto de errores.

MOTA:

El alma en las horas tengo,  
y en sus cuartos me prevengo  
para mayores favores.  
¡Ay, noche espantosa y fría,  
para que largos los goce,  
corre veloz a las doce,  
y después no venga el día!

MÚSICO:

¿Adónde guía la danza?

MOTA:

Cal de la Sierpe guiad.

MÚSICO:

¿Qué cantaremos?

MOTA:

Cantad  
lisonjas a mi esperanza.

MÚSICOS:

“El que un bien gozar espera,  
cuando espera desespera.”

Vanse, y dice doña ANA dentro

ANA:

¡Falso, no eres el marqués!  
¡Que me has engañado!

JUAN:  
Digo  
que lo soy.

ANA:  
Fiero enemigo,  
mientes, mientes.

Sale el comendador don GONZALO, medio desnudo, con espada y rodela

GONZALO:  
La voz es  
de doña Ana la que siento.

ANA:  
¿No hay quien mate este traidor  
homicida de mi honor?

GONZALO:  
¿Hay tan grande atrevimiento?  
“Muerto honor” dijo, ¡ay de mí!  
y es su lengua tan liviana,  
que aquí sirve de campana.

ANA:  
¡Matadle!

Salen don JUAN y CATALINÓN, con las espadas desnudas

JUAN:  
¿Quién está aquí?

GONZALO:  
La barbacana caída  
de la torre de ese honor

que has combatido, traidor,  
donde era alcaide la vida.

JUAN:  
Déjame pasar.

GONZALO:  
¿Pasar?  
Por la punta de esta espada.

JUAN:  
Morirás.

GONZALO:  
No importa nada.

JUAN:  
Mira que te he de matar.

GONZALO:  
¡Muere, traidor!

JUAN:  
De esta suerte  
muero yo.

CATALINÓN:  
Si escapo de ésta,  
no más burlas, no más fiesta.

GONZALO:  
¡Ay, que me has dado la muerte!  
Mas, si el honor me quitaste,  
¿de qué la vida servía?

JUAN:  
¡Huye!

GONZALO:

Aguarda, que es sangría,  
con que el valor me aumentaste;  
mas no es posible que aguarde...  
Seguirá mi furor,  
que es traidor, y el que es traidor  
es traidor porque es cobarde.

Entran muerto a don GONZALO, y sale el marqués de la MOTA y MÚSICOS

MOTA:  
Presto las doce darán  
y mucho don Juan se tarda,  
¡fiera pensión del que aguarda!

Salen don JUAN y CATALINÓN

JUAN:  
¿Es el marqués?

MOTA:  
¿Es don Juan?

JUAN:  
Yo soy, tomad vuestra capa.

MOTA:  
¿Y el perro?

JUAN:  
Funesto ha sido;  
al fin, marqués, muerto ha habido.

CATALINÓN:  
Señor, del muerto te escapa.

MOTA:

¿Burlásteisla?

JUAN:

Sí, burlé.

CATALINÓN:

(Y aun a vos os ha burlado). Aparte

JUAN:

Caro la burla ha costado.

MOTA:

Yo, don Juan, lo pagaré,  
porque estará la mujer  
quejosa de mí.

JUAN:

Las doce  
darán.

MOTA:

Como mi bien goce  
nunca llegue a amanecer.

JUAN:

Adiós, marqués.

CATALINÓN:

Muy buen lance  
el desdichado hallará.

JUAN:

Huyamos.

CATALINÓN:

Señor, no habrá  
aguilita que me alcance.

Vanse don JUAN y CATALINÓN

MOTA:

Vosotros os podéis ir  
todos a casa, que yo  
he de ir solo.

MÚSICO:

Dios crió  
las noches para dormir.

Vanse los MÚSICOS y dicen dentro

VOCES:

¿Vióse desdicha mayor,  
y vióse mayor desgracia?

MOTA:

¡Válgame Dios! Voces oigo  
en la plaza del alcázar.  
¿Qué puede ser a estas horas?  
Un hielo me baña el alma.  
Desde aquí parece todo  
una Troya que se abrasa,  
porque tantas hachas juntas  
paren gigantes de llamas.  
Mas una escuadra de luces  
se acerca a mí, ¿Por qué anda  
el fuego emulando al sol,  
dividiéndose en escuadras?  
Quiero preguntar lo que es.

Sale don DIEGO Tenorio, y la guarda con hachas

DIEGO:  
¿Qué gente?

MOTA:  
Gente que aguarda  
saber de aqueste alboroto  
la ocasión.

DIEGO:  
Ésta es la capa  
que dijo el comendador  
en las postreras palabras.  
Préndanle.

MOTA:  
¿Prenderme a mí?

DIEGO:  
Volved la espada a la vaina,  
que la mayor valentía  
es no tratar de las armas.

MOTA:  
¿Cómo al marqués de la Mota  
hablan así?

DIEGO:  
Dad la espada,  
que el rey os manda prender.

MOTA:  
¡Vive Dios!

Sale el REY y acompañamiento

REY:

En toda España  
no ha de caber, ni tampoco  
en Italia, si va a Italia.

DIEGO:

Señor, aquí está el marqués.

MOTA:

¿Vuestra alteza a mí me manda  
prender?

REY:

Llevalde y ponedle  
la cabeza en una escarpia.  
¿En mi presençia te pones?

MOTA:

¡Ah, glorias de amor tiranas,  
siempre en el pasar ligeras  
como en el vivir pesadas!  
Bien dijo un sabio, que había  
entre la boca y la taza  
peligro; mas el enojo  
del rey me admira y espanta.  
¿No sabré por qué voy preso?

DIEGO:

¿Quién mejor sabrá la causa  
que vueseñoría?

MOTA:

¿Yo?

DIEGO:

Vamos.

MOTA:

Confusión extraña.

REY:

Fulmínesele el proceso  
al marqués luego, y mañana  
le cortarán la cabeza.  
Y al comendador, con cuanta  
solemnidad y grandeza  
se da a las personas sacras  
y reales, el entierro  
se haga; en bronce y piedra párea,  
un sepulcro con un bulto  
le ofrezcan, donde en mosaicas  
labores, góticas letras  
den lenguas a su venganza.  
Y entierro, bulto y sepulcro  
quiero que a mi costa se haga;  
¿dónde doña Ana se fue?

DIEGO:

Fuése al sagrado doña Ana  
de mi señora la reina.

REY:

Ha de sentir esta falta  
Castilla. Tal capitán  
ha de llorar Calatrava.

Vanse todos

Sale BATRICIO desposado, con AMINTA, GASENO, viejo, BELISA y  
pastores MÚSICOS

MÚSICOS:

“Lindo sale el sol de Abril,  
por trébol y torongil;  
y aunque le sirva de estrella,  
Aminta sale más bella.”

BATRICIO:

Sobre esta alfombra florida,  
adonde en campos de escarcha  
el sol sin aliento marcha  
con su luz recién nacida,  
os sentad, pues no convida  
al tálamo el sitio hermoso.

AMINTA:

Cantadle a mi dulce esposo  
favores de mil en mil.

MÚSICOS:

“Lindo sale el sol de Abril,  
por trébol y torongil;  
y aunque le sirva de estrella,  
Aminta sale más bella.”

GASENO:

Ya, Batricio, os he entregado  
el alma y ser en mi Aminta.

BATRICIO:

Por eso se baña y pinta  
de más colores el prado.  
Con deseos la he ganado,  
con obras le he merecido.

MÚSICOS:

Tal mujer y tal marido  
viva juntos años mil.  
“Lindo sale el sol de Abril,  
por trébol y torongil;  
y aunque le sirva de estrella,  
Aminta sale más bella.”

BATRICIO:

No sale así el sol de oriente  
como el sol que al alba sale,

que no hay sol que al sol se iguale  
de sus niñas y su fuente,  
a este sol claro y luciente  
que eclipsa al sol su arrebol;  
y ansí cantadle a mi sol  
motetes de mil en mil.

MÚSICOS:

“Lindo sale el sol de Abril,  
por trébol y torongil;  
y aunque le sirva de estrella,  
Aminta sale más bella.”

AMINTA:

Batricio, aunque lo agradezco,  
falso y lisonjero estás;  
mas si tus rayos me das  
por ti ser luna merezco.  
Tú eres el sol por quien crezco,  
después de salir menguante,  
para que al Alba te cante  
la salva en tono sutil.

MÚSICOS:

“Lindo sale el sol de Abril,  
por trébol y torongil;  
y aunque le sirva de estrella,  
Aminta sale más bella.”

Sale CATALINÓN, de camino

CATALINÓN:

Señores, el desposorio  
huéspedes ha de tener.

GASENO:

A todo el mundo ha de ser

este contento notorio.  
¿Quién viene?

CATALINÓN:  
Don Juan Tenorio.

GASENO:  
¿El viejo?

CATALINÓN:  
No ése, don Juan.

BELISA:  
Será su hijo el galán.

BATRICIO:  
Téngolo por mal agüero;  
que galán y caballero  
quitan gusto, y celos dan.  
Pues, ¿quién noticia les dio  
de mis bodas?

CATALINÓN:  
De camino  
pasa a Lebrija.

BATRICIO:  
Imagino  
que el demonio le envió;  
mas ¿de qué me aflijo yo?  
Vengan a mis dulces bodas  
del mundo las gentes todas;  
mas, con todo, un caballero  
en mis bodas... Mal agüero.

GASENO:  
Venga el Coloso de Rodas,  
venga el Papa, el Preste Juan,  
y don Alfonso el onceno

con su corte, que en Gaseno  
ánimo y valor verán.  
Montes en casa hay de pan,  
Guadalquivides de vino,  
Babilonias de tocino,  
y entre ejércitos cobardes  
de aves, para que las lardes,  
el pollo y el palomino.  
Venga tan gran caballero  
a ser hoy en Dos Hermanas  
honra de estas nobles canas.

**BELISA:**

Es hijo del camarero  
mayor.

**BATRICIO:**

Todo es mal agüero  
para mí, pues le han de dar  
junto a mi esposa lugar.  
Aun no gozo, y ya los cielos  
me están condenando a celos.  
Amor, sufrir y callar.

Sale don JUAN Tenorio

**JUAN:**

Pasando acaso he sabido  
que hay bodas en el lugar,  
y de ellas quise gozar,  
pues tan venturoso he sido.

**GASENO:**

Vueseñoría ha venido  
a honrallas y engrandecellas.

BATRICIO:

Yo que soy el dueño de ellas  
digo entre mí que vengáis  
en hora mala.

GASENO:

¿No dais  
lugar a este caballero?

JUAN:

Con vuestra licencia quiero  
sentarme aquí.

Siéntase junto a la novia

BATRICIO:

Si os sentáis  
delante de mí, señor,  
seréis de aquesa manera  
el novio.

JUAN:

Cuando lo fuera  
no escogiera lo peor.

GASENO:

¡Que es el novio!

JUAN:

De mi error  
e ignorancia perdón pido.

CATALINÓN:

¡Desventurado marido!

JUAN:

Corrido está.

CATALINÓN:

No lo ignoro,  
mas, si tiene de ser toro,  
¿qué mucho que esté corrido?  
No daré por su mujer,  
ni por su honor un cornado.  
¡Desdichado tú, que has dado  
en manos de Lucifer!

JUAN:

¿Posible es que vengo a ser,  
señora, tan venturoso?  
Envidia tengo al esposo.

AMINTA:

Parecéisme lisonjero.

BATRICIO:

Bien dije que es mal agüero  
en bodas un poderoso.

JUAN:

Hermosas manos tenéis  
para esposa de un villano.

CATALINÓN:

Si al juego le dais la mano,  
vos la mano perderéis.

BATRICIO:

Celos, muerte no me deis.

GASENO:

Ea, vamos a almorzar,  
porque pueda descansar  
un rato su señoría.

Tómale don JUAN la mano a la novia

JUAN:  
¿Por qué la escondéis?

AMINTA:  
No es mía.

GASENO:  
Ea, volved a cantar.

JUAN:  
¿Qué dices tú?

CATALINÓN:  
¿Yo? Que temo  
muerte vil de esos villanos.

JUAN:  
Buenos ojos, blancas manos,  
en ello me abraso y quemo.

CATALINÓN:  
Almagrar y echar a extremo;  
con ésta cuatro serán.

JUAN:  
Ven, que mirándome están.

BATRICIO:  
¿En mis bodas caballero?  
¡Mal agüero!

GASENO:  
Cantad.

BATRICIO:  
Muero.

CATALINÓN:  
Canten, que ellos llorarán

MÚSICOS:

“Lindo sale el sol de Abril,  
por trébol y torongil;  
y aunque le sirva de estrella,  
Aminta sale más bella.”

### Acto tercero

Sale BATRICIO pensativo

BATRICIO:

Celos, reloj de cuidados,  
que a todas las horas dais  
tormentos con que matáis,  
aunque andéis desconcertados;  
celos, del vivir desprecios  
con que ignorancias hacéis,  
pues todo lo que tenéis  
de ricos, tenéis de necios,  
dejadme de atormentar,  
pues es cosa tan sabida,  
que cuando amor me da vida,  
la muerte me queréis dar.  
¿Qué me queréis, caballero,  
que me atormentáis así?  
Bien dije, cuando le vi  
en mis bodas:  
“Mal agüero.”  
¿No es bueno que se sentó  
a cenar con mi mujer,  
y a mí en el plato meter  
la mano no me dejó?  
Pues cada vez que quería  
metella, la desvíaba,

diciendo a cuanto tomaba:  
“Grosería, grosería.”  
No se apartó de su lado  
hasta cenar, de manera  
que todos pensaban que era  
yo padrino, él desposado.  
Y si decirle quería  
algo a mi esposa, gruñendo  
me la apartaba, diciendo:  
“Grosería, grosería.”  
Pues llegándome a quejar  
a algunos me respondían,  
y con risa me decían:  
“No tenéis de qué os quejar.  
Eso no es cosa que importe,  
no tenéis de qué temer,  
callad, que debe de ser  
uso de allá en la corte.”  
Buen uso, trato extremado,  
más no se usara en Sodoma;  
que otro con la novia coma,  
y que ayune el desposado.  
Pues el otro bellacón,  
a cuanto comer quería,  
“¿Esto no coméis?” decía.  
“No tenéis, señor, razón.”  
Y de delante, al momento  
me lo quitaba. Corrido  
estoy, pienso que esto ha sido  
culebra, y no casamiento.  
Ya no se puede sufrir  
ni entre cristianos pasar;  
y acabando de cenar  
con los dos, ¿mas que a dormir  
se ha de ir también, si porfía,  
con nosotros, y ha de ser  
el llegar yo a mi mujer  
“Grosería, grosería?”  
Ya viene, no me resisto,

aquí me quiero esconder,  
pero ya no puede ser,  
que imagino que me ha visto.

Sale don JUAN Tenorio

JUAN:  
Batricio.

BATRICIO:  
Su señoría,  
¿qué manda?

JUAN:  
Haceros saber...

BATRICIO:  
Mas que ha de venir a ser  
alguna desdicha mía.

JUAN:  
Que ha muchos días, Batricio,  
que a Aminta el alma le di,  
y he gozado...

BATRICIO:  
¿Su honor?

JUAN:  
Sí.

BATRICIO:  
Manifiesto y claro indicio  
de lo que he llegado a ver;  
que si bien no le quisiera,  
nunca a su casa viniera;  
al fin, al fin es mujer.

JUAN:

Al fin, Aminta celosa,  
o quizá desesperada  
de verse de mí olvidada,  
y de ajeno dueño esposa,  
esta carta me escribió  
enviándome a llamar,  
y yo prometí gozar  
lo que el alma prometió.  
Esto pasa de esta suerte,  
dad a vuestra vida un medio,  
que le daré sin remedio,  
a quien lo impida la muerte.

BATRICIO:

Si tú en mi elección lo pones,  
tu gusto pretendo hacer,  
que el honor y la mujer  
son males en opiniones.  
La mujer en opinión,  
siempre más pierde que gana,  
que son como la campana  
que se estima por el son,  
y así es cosa averiguada,  
que opinión viene a perder,  
cuando cualquiera mujer  
suen a campana quebrada.  
No quiero, pues me reduces  
el bien que mi amor ordena,  
mujer entre mala y buena,  
que es moneda entre dos luces.  
Gózala, señor, mil años,  
que yo quiero resistir,  
desengañar y morir,  
y no vivir con engaños.

Vase BATRICIO

JUAN:

Con el honor le vencí,  
porque siempre los villanos  
tienen su honor en las manos,  
y siempre miran por sí;  
que por tantas variedades,  
es bien que se entienda y crea,  
que el honor se fue al aldea  
huyendo de las ciudades.  
Pero antes de hacer el daño  
le pretendo reparar.  
A su padre voy a hablar,  
para autorizar mi engaño.  
Bien lo supe negociar;  
gozarla esta noche espero,  
la noche camina, y quiero  
su viejo padre llamar.  
Estrellas que me alumbráis,  
dadme en este engaño suerte,  
si el galardón en la muerte,  
tan largo me lo guardáis.

Vase don JUAN. Salen AMINTA y BELISA

BELISA:

Mira que vendrá tu esposo.  
Entra a desnudarte, Aminta.

AMINTA:

De estas infelices bodas  
no sé qué siento, Belisa.  
Todo hoy mi Batricio ha estado  
bañando en melancolía,  
todo en confusión y celos.  
¡Mira qué grande desdicha!  
Di, ¿qué caballero es éste  
que de mi esposo me priva?

La desvergüenza en España  
se ha hecho caballería.  
Déjame, que estoy sin seso,  
déjame, que estoy perdida.  
¡Mal hubiese el caballero  
que mis contentos me quita!

BELISA:  
Calla, que pienso que viene;  
que nadie en la casa pisa  
de un desposado tan recio.

AMINTA:  
Queda a Dios, Belisa mía.

BELISA:  
Desenójale en los brazos.

AMINTA:  
Plega a los cielos que sirvan  
mis suspiros de requiebros,  
mis lágrimas de caricias.

Vanse AMINTA y BELISA. Salen don JUAN, CATALINÓN y GASENO

JUAN:  
Gaseno, quedad con Dios.

GASENO:  
Acompañaros querría  
por dalle de esta ventura  
el parabién a mi hija.

JUAN:  
Tiempo mañana nos queda.

GASENO:

Bien decís, el alma mía  
en la muchacha os ofrezco.

JUAN:

Mi esposa decid.

Vase GASENO

Tú, ensilla,  
Catalinón.

CATALINÓN:

¿Para cuándo?

JUAN:

Para el alba que de risa  
muerta ha de salir mañana  
de este engaño.

CATALINÓN:

Allá en Lebrija,  
señor, nos está aguardando  
otra boda. Por tu vida  
que despaches presto en ésta.

JUAN:

La burla más escogida  
de todas ha de ser ésta.

CATALINÓN:

Que saliésemos querría  
de todas bien.

JUAN:

Si es mi padre  
el dueño de la justicia,  
y es la privanza del rey,  
¿qué temes?

CATALINÓN:

De los que privan  
suele Dios tomar venganza,  
si delitos no castigan,  
y se suelen en el juego  
perder también los que miran.  
Yo he sido mirón del tuyo  
y por mirón no querría  
que me cogiese algún rayo,  
y me trocase en cecina.

JUAN:

Vete, ensilla, que mañana  
he de dormir en Sevilla.

CATALINÓN:

¿En Sevilla?

JUAN:

Sí.

CATALINÓN:

¿Qué dices?  
Mira lo que has hecho, y mira  
que hasta la muerte, señor,  
es corta la mayor vida;  
y que hay tras la muerte imperio.

JUAN:

Si tan largo me lo fías,  
vengan engaños.

CATALINÓN:

¡Señor!

JUAN:

Vete, que ya me amohinas  
con tus temores extraños.

CATALINÓN:

Fuerza al turco, fuerza al scita,  
al persa, y al caramanto,  
al gallego, al troglodita,  
al alemán y al Japón,  
al sastre con la agujita  
de oro en mano, imitando  
continuo a la blanca niña.

Vase CATALINÓN

JUAN:

La noche en negro silencio  
se extiende, y ya las cabrillas  
entre racimos de estrellas  
el polo más alto pisan.

Yo quiero poner mi engaño  
por obra, el amor me guía  
a mi inclinación, de quien  
no hay hombre que se resista.  
Quiero llegar a la cama.  
Aminta.

Sale AMINTA, como que está acostada

AMINTA:

¿Quién llama a Aminta?  
¿Es mi Batricio?

JUAN:

No soy  
tu Batricio.

AMINTA:

Pues, ¿quién?

JUAN:

Mira

de espacio, Aminta, quién soy.

AMINTA:

¡Ay de mí! Yo soy perdida.

¿En mi aposento a estas horas?

JUAN:

Éstas son las horas mías.

AMINTA:

Volvéos, que daré voces,

no excedáis la cortesía

que a mi Batricio se debe,

ved que hay romanas Emilias

en Dos Hermanas también,

y hay Lucrecias vengativas.

JUAN:

Escúchame dos palabras,

y esconde de las mejillas

en el corazón la grana,

por ti más preciosa y rica.

AMINTA:

Vete, que vendrá mi esposo.

JUAN:

Yo lo soy. ¿De qué te admiras?

AMINTA:

¿Desde cuándo?

JUAN:

Desde agora.

AMINTA:

¿Quién lo ha tratado?

JUAN:  
Mi dicha.

AMINTA:  
¿Y quién nos casó?

JUAN:  
Tus ojos.

AMINTA:  
¿Con qué poder?

JUAN:  
Con la vista.

AMINTA:  
¿Sábelo Batricio?

JUAN:  
Sí,  
que te olvida.

AMINTA:  
¿Que me olvida?

JUAN:  
Sí, que yo te adoro.

AMINTA:  
¿Cómo?

JUAN:  
Con mis dos brazos.

AMINTA:  
Desvía.

JUAN:

¿Cómo puedo, si es verdad  
que muero?

AMINTA:

¡Qué gran mentira!

JUAN:

Aminta, escucha y sabrás,  
si quieres que te la diga  
la verdad, si las mujeres  
sois de verdades amigas.  
Yo soy noble caballero,  
cabeza de la familia  
de los Tenorios antiguos,  
ganadores de Sevilla.  
Mi padre, después del rey,  
se reverencia y se estima  
en la corte, y de sus labios  
penden las muertes y vidas.  
Torciendo el camino acaso,  
llegué a verte, que amor guía  
tal vez las cosas, de suerte  
que él mismo de ellas se admira.  
Víte, adoréte, abraséme,  
tanto que tu amor me obliga  
a que contigo me case.  
Mira qué acción tan precisa.  
Y aunque lo murmure el reino,  
y aunque el rey lo contradiga,  
y aunque mi padre enojado  
con amenazas lo impida,  
tu esposo tengo de ser,  
dando en tus ojos envidia  
a los que viere en su sangre  
la venganza que imagina.  
Ya Batricio ha desistido  
de su acción, y aquí me envía  
tu padre a darte la mano.

¿Qué dices?

AMINTA:

No sé qué diga,  
que se encubren tus verdades  
con retóricas mentiras.  
Porque si estoy desposada,  
como es cosa conocida,  
con Batricio, el matrimonio  
no se absuelve, aunque él desista.

JUAN:

En no siendo consumado,  
por engaño o por malicia,  
puede anularse.

AMINTA:

Es verdad;  
mas ¡ay Dios!, que no querría  
que me dejases burlada,  
cuando mi esposo me quitas.

JUAN:

Ahora bien, dame esa mano,  
y esta voluntad confirma  
con ella.

AMINTA:

¿Que no me engañas?

JUAN:

Mío el engaño sería.

AMINTA:

Pues jura que cumplirás  
la palabra prometida.

JUAN:

Juro a esta mano, señora,

infierno de nieve fría,  
de cumplirte la palabra.

AMINTA:

Jura a Dios, que te maldiga  
si no la cumples.

JUAN:

Si acaso  
la palabra y la fe mía  
te faltare, ruego a Dios  
que a traición y a alevosía,  
me dé muerte un hombre muerto.  
(Que vivo, Dios no permita). Aparte

AMINTA:

Pues con ese juramento  
soy tu esposa.

JUAN:

Al alma mía  
entre los brazos te ofrezco.

AMINTA:

Tuya es el alma y la vida.

JUAN:

¡Ay, Aminta de mis ojos!,  
mañana sobre virillas  
de tersa plata, estrelladas  
con clavos de oro de Tíbar,  
pondrás los hermosos pies,  
y en prisión de gargantillas  
la alabastrina garganta,  
y los dedos en sortijas  
en cuyo engaste parezcan  
estrellas las amatistas;  
y en tus orejas pondrás  
transparentes perlas finas.

AMINTA:

A tu voluntad, esposo,  
la mía desde hoy se inclina.  
Tuya soy.

JUAN:

(¡Qué mal conoces  
al burlador de Sevilla!)

Vanse don JUAN y AMINTA. Salen ISABELA y FABIO, de camino

ISABELA:

Que me robase el sueño  
la prenda que estimaba, y más quería...  
¡Oh, riguroso empeño  
de la verdad! ¡Oh, máscara del día!  
¡Noche al fin tenebrosa,  
antípoda del sol, del sueño esposa!

FABIO:

¿De qué sirve, Isabela,  
la tristeza en el alma y en los ojos,  
si amor todo es cautela  
y en campos de desdenes causa enojos,  
y el que se ríe agora,  
en breve espacio desventuras llora?  
El mar está alterado,  
y en grave temporal, riesgo se corre;  
el abrigo han tomado  
las galeras, duquesa, de la torre  
que esta playa corona.

ISABELA:

¿Adónde estamos, Fabio?

FABIO:

En Tarragona.

Y de aquí a poco espacio  
daremos en Valencia, ciudad bella,  
del mismo sol palacio,  
divertiráse algunos días en ella;  
y después a Sevilla  
irás a ver la octava maravilla.  
Que si a Octavio perdiste  
más galán es don Juan, y de notorio  
solar. ¿De qué estás triste?  
Conde dicen que es ya don Juan Tenorio,  
el rey con él te casa,  
y el padre es la privanza de su casa.

ISABELA:  
No nace mi tristeza  
de ser esposa de don Juan, que el mundo  
conoce su nobleza;  
en la esparcida voz, mi agravio fundo,  
que esta opinión perdida  
he de llorar mientras tuviere vida.

FABIO:  
Allí una pescadora  
tiernamente suspira, y se lamenta,  
y dulcemente llora.  
Acá viene sin duda, y verte intenta.  
Mientras llamo a tu gente,  
lamentaréis las dos más dulcemente.

Vase FABIO, y sale TISBEA

TISBEA:  
Robusto mar de España,  
ondas de fuego, fugitivas ondas,  
Troya de mi cabaña,  
que ya el fuego por mares y por ondas  
en sus abismos fragua  
y en el mar forma por las llamas de agua,  
¡maldito el leño sea

que a tu amargo cristal halló camino,  
y, antojo de Medea,  
tu cáñamo primero, o primer lino  
aspado de los vientos,  
para telas de engaños e instrumentos!

ISABELA:

¿Por qué del mar te quejas  
tan tiernamente, hermosa pescadora?

TISBEA:

Al mar formo mil quejas.  
Dichosa vos, que en su tormento agora  
de él os estáis riendo.

ISABELA:

También quejas del mar estoy haciendo.  
¿De dónde sois?

TISBEA:

De aquellas  
cabañas que miráis del viento heridas,  
tan victorioso entre ellas,  
cuyas pobres paredes, desparcidas,  
van en pedazos graves,  
dándole mil graznidos ya las aves.  
En sus pajas me dieron  
corazón de fortísimo diamante,  
mas las obras me hicieron  
de este monstruo que ves tan arrogante  
ablandarme, de suerte  
que al sol la cera es más robusta y fuerte.  
¿Sois vos la Europa hermosa,  
que esos toros os llevan?

ISABELA:

A Sevilla  
llévanme a ser esposa  
contra mi voluntad.

TISBEA:

Si mi mancilla  
a lástima os provoca,  
y si injurias del mar os tienen loca,  
en vuestra compañía  
para serviros como humilde esclava  
me llevad, que querría,  
si el dolor o la afrenta no me acaba,  
pedir al rey justicia  
de un engaño crüel, de una malicia.  
Del agua derrotado  
a esta tierra llegó un don Juan Tenorio  
difunto y anegado;  
amparéle, hospedéle en tan notorio  
peligro, y el vil huésped  
víbora fue a mi planta en tierno césped.  
Con palabra de esposo,  
la que de nuestra costa burla hacía,  
se rindió al engañoso.  
¡Mal haya la mujer que en hombres fía!  
Fuése al fin y dejóme,  
mira si es justo que venganza tome.

ISABELA:

¡Calla, mujer maldita!  
¡Vete de mi presencia, que me has muerto!  
Mas, si el dolor te incita  
no tienes culpa tú. Prosigue, ¿es cierto?

TISBEA:

Tan claro es como el día.

ISABELA:

¡Mal haya la mujer que en hombres fía!  
Pero sin duda el cielo  
a ver estas cabañas me ha traído,  
y de ti mi consuelo  
en tan grave pasión ha renacido

para venganza mía.  
¡Mal haya la mujer que en hombres fía!

TISBEA:  
¡Que me llevéis os ruego  
con vos, señora, a mí y a un viejo padre,  
porque de aqueste fuego  
la venganza me dé que más me cuadre,  
y al rey pida justicia  
de este engaño y traición, de esta malicia!  
Anfriso, en cuyos brazos  
me pensé ver en tálamo dichoso,  
dándole eternos lazos,  
conmigo ha de ir, que quiere ser mi esposo.

ISABELA:  
Ven en mi compañía.

TISBEA:  
¡Mal haya la mujer que en hombres fía!

Vanse ISABELA y TISBEA. Salen don JUAN y CATALINÓN

CATALINÓN:  
Todo en mal estado está.

JUAN:  
¿Cómo?

CATALINÓN:  
Que Octavio ha sabido  
la traición de Italia ya,  
y el de la Mota ofendido  
de ti justas quejas da,  
y dice que fue el recado  
de su prima le diste  
fingido y disimulado,

y con su capa emprendiste  
la traición que la ha infamado.  
Dicen que viene Isabela  
a que seas su marido,  
y dicen...

JUAN:  
Calla.

CATALINÓN:  
Una muela  
en la boca me has rompido.

JUAN:  
Hablador, ¿quién te revela  
tanto disparate junto?

CATALINÓN:  
¿Disparate?

JUAN:  
Disparate.

CATALINÓN:  
Verdades son.

JUAN:  
No pregunto  
si lo son, cuando me mate  
Octavio, ¿estoy yo difunto?  
¿No tengo manos también?  
¿Dónde me tienes posada?

CATALINÓN:  
En calle oculta.

JUAN:  
Está bien.

CATALINÓN:  
La iglesia es tierra sagrada.

JUAN:  
Di que de día me den  
en ella la muerte. ¿Viste  
al novio de Dos Hermanas?

CATALINÓN:  
Allí le vi, ansiado y triste.

JUAN:  
Aminta estas dos semanas  
no ha de caer en el chiste.

CATALINÓN:  
Tan bien engañada está  
que se llama doña Aminta.

JUAN:  
Graciosa burla será.

CATALINÓN:  
Graciosa burla, y sucinta,  
mas ella la llorará.

Descúbrese un sepulcro de don GONZALO de Ulloa

JUAN:  
¿Qué sepulcro es éste?

CATALINÓN:  
Aquí  
don Gonzalo está enterrado.

JUAN:  
Éste es a quien muerte di.

Gran sepulcro le han labrado.

CATALINÓN:  
Ordenólo el rey ansí.  
¿Cómo dice este letrado?

JUAN:  
“Aquí aguarda del Señor  
el más leal caballero  
la venganza de un traidor”.  
Del mote reírme quiero.  
Y, ¿habéis vos de vengar,  
buen viejo, barbas de piedra?

CATALINÓN:  
No se las podrá pelar  
quien barbas tan fuertes medra.

JUAN:  
Aquesta noche a cenar  
os aguardo en mi posada;  
allí el desafío haremos,  
si la venganza os agrada,  
aunque mal reñir podremos,  
si es de piedra vuestra espada.

CATALINÓN:  
Ya, señor, ha anochecido,  
vámonos a recoger.

JUAN:  
Larga esta venganza ha sido;  
si es que vos la habéis de hacer,  
importa no estar dormido,  
que si a la muerte aguardáis  
la venganza, la esperanza  
agora es bien que perdáis,  
pues vuestro enojo, y venganza,  
tan largo me lo fiáis.

Vanse don JUAN y CATALINÓN. Ponen la mesa dos criados

CRIADO 1:

Quiero aperebir la mesa  
que vendrá a cenar don Juan.

CRIADO 2:

Puestas las mesas están.  
¡Qué flema tiene si empieza!  
Ya tarda como solía  
mi señor, no me contenta;  
la bebida se calienta,  
y la comida se enfría.  
Mas ¿quién a don Juan ordena  
este desorden?

Entran don JUAN y CATALINÓN

JUAN:

¿Cerraste?

CATALINÓN:

Ya cerré como mandaste.

JUAN:

¡Hola, tráiganme la cena!

CRIADO 2:

Ya está aquí.

JUAN:

Catalinón,  
siéntate.

CATALINÓN:  
Yo soy amigo  
de cenar de espacio.

JUAN:  
Digo  
que te sientes.

CATALINÓN:  
La razón  
haré.

CRIADO 1:  
También es camino  
éste, si cena con él.

JUAN:  
Siéntate.

Un golpe dentro

CATALINÓN:  
Golpe es aquél.

JUAN:  
Que llamaron imagino.  
Mira quién es.

CRIADO 1:  
Voy volando.

CATALINÓN:  
¿Si es la justicia, señor?

JUAN:  
Sea, no tengas temor.

Vuelve el CRIADO huyendo

¿Quién es? ¿De qué estás temblando?

CATALINÓN:  
De algún mal da testimonio.

JUAN:  
Mal mi cólera resisto.  
Habla, responde, ¿qué has visto?  
¿Asombróte algún demonio?  
Ve tú, y mira aquella puerta,  
presto, acaba.

CATALINÓN:  
¿Yo?

JUAN:  
Tú, pues,  
acaba, menea los pies.

CATALINÓN:  
A mi abuela hallaron muerta,  
como racimo colgada,  
y desde entonces se suena  
que anda siempre su alma en pena,  
tanto golpe no me agrada.

JUAN:  
Acaba.

CATALINÓN:  
¡Señor, si sabes  
que soy un Catalinón!

JUAN:  
Acaba.

CATALINÓN:  
Fuerte ocasión.

JUAN:  
¿No vas?

CATALINÓN:  
¿Quién tiene las llaves  
de la puerta?

CRIADO 2:  
Con la aldaba  
está cerrada no más.

JUAN:  
¿Qué tienes? ¿Por qué no vas?

CATALINÓN:  
Hoy Catalinón acaba.  
Mas, ¿si las forzadas vienen  
a vengarse de los dos?

Llega CATALINÓN a la puerta, y viene corriendo, cae y levántase

JUAN:  
¿Qué es eso?

CATALINÓN:  
¡Válgame Dios,  
que me matan, que me tienen!

JUAN:  
¿Quién te tiene? ¿Quién te mata?  
¿Qué has visto?

CATALINÓN:  
Señor, yo allí  
vide, cuando luego fui,  
quién me ase, quién me arrebató.

Llegué, cuando después ciego,  
cuando vile, juro a Dios,  
habló, y dijo, ¿quién sois vos?  
Respondió, respondí. Luego,  
Topé y vide...

JUAN:  
¿A quién?

CATALINÓN:  
No sé.

JUAN:  
¡Como el vino desatina!  
Dame la vela, gallina,  
y yo a quien llama veré.

Toma don JUAN la vela, y llega a la puerta, sale al encuentro don GONZALO, en la forma que estaba en el sepulcro, y don JUAN se retira atrás turbado, empuñando la espada, y en la otra la vela, y don GONZALO hacia él con pasos menudos, y al compás don JUAN, retirándose, hasta estar en medios del teatro

JUAN:  
¿Quién va?

GONZALO:  
Yo soy.

JUAN:  
¿Quién sois vos?

GONZALO:  
Soy el caballero honrado  
que a cenar has convidado.

JUAN:

Cena habrá para los dos,  
y si vienen más contigo,  
para todos cena habrá,  
ya puesta la mesa está.  
Siéntate.

CATALINÓN:

¡Dios sea conmigo,  
San Panuncio, San Antón!  
Pues ¿los muertos comen? Di.  
Por señas dice que sí.

JUAN:

Siéntate, Catalinón.

CATALINÓN:

No señor, yo lo recibo  
por cenado.

JUAN:

Es desconcierto.  
¿Qué temor tienes a un muerto?  
¿Qué hicieras estando vivo?  
Necio y villano temor.

CATALINÓN:

Cena con tu convidado,  
que yo, señor, ya he cenado.

JUAN:

¿He de enojarme?

CATALINÓN:

Señor,  
¡vive Dios que huelo mal!

JUAN:

Llega, que aguardando estoy.

CATALINÓN:

Yo pienso que muerto soy  
y está muerto mi arrabal.

Tiemblan los CRIADOS

JUAN:

Y vosotros, ¿qué decís  
y qué hacéis? Necio temblar.

CATALINÓN:

Nunca quisiera cenar  
con gente de otro país.  
¿Yo, señor, con convidado  
de piedra?

JUAN:

Necio temer.  
Si es piedra, ¿qué te ha de hacer?

CATALINÓN:

Dejarme descalabrado.

JUAN:

Háblale con cortesía.

CATALINÓN:

¿Está bueno? ¿Es buena tierra  
la otra vida? ¿Es llano o sierra?  
¿Préciase allá la poesía?

CRIADO 1:

A todo dice que sí  
con la cabeza.

CATALINÓN:

¿Hay allá  
muchas tabernas? Sí habrá,  
si Noé reside allá.

JUAN:  
¡Hola, dadnos de cenar!

CATALINÓN:  
Señor muerto, ¿allá se bebe  
con nieve?

Baja la cabeza don GONZALO

Así que allá hay nieve;  
buen país.

JUAN:  
Si oír cantar  
queréis, cantarán.

Baja la cabeza don GONZALO

CRIADO 1:  
Sí, dijo.

JUAN:  
Cantad.

CATALINÓN:  
Tiene el señor muerto  
buen gusto.

CRIADO 1:  
Es noble por cierto,  
y amigo de regocijo.

Cantan dentro

MÚSICOS:

“Si de mi amar aguardáis,  
señora, de aquesta suerte,  
el galardón a la muerte,  
¡qué largo me lo fiáis!”

CATALINÓN:

O es sin duda veraniego  
el seor muerto, o debe ser  
hombre de poco comer.  
Temblando al plato me llego.

Bebe

Poco beben por allá,  
yo beberé por los dos.  
Brindis de piedra, por Dios,  
menos temor tengo ya.

MÚSICOS:

“Si este plazo me convida  
para que serviros pueda,  
pues larga vida me queda,  
dejad que pase la vida.  
Si de mi amor aguardáis,  
señora, de aquesta suerte,  
el galardón a la muerte,  
¡qué largo me lo fiáis!”

CATALINÓN:

¿Con cuál de tantas mujeres  
como has burlado, señor,  
hablan?

JUAN:

De todas me río,  
amigo, en esta ocasión.  
En Nápoles a Isabela

burlé.

CATALINÓN:

Ésa ya no es hoy  
burlada, porque se casa  
contigo, como es razón.  
Burlaste a la pescadora  
que del mar te redimió,  
pagándole el hospedaje  
en moneda de rigor.  
Burlaste a doña Ana...

JUAN:

Calla,  
que hay parte aquí que lastó  
por ella, y vengarse aguarda.

CATALINÓN:

Hombre es de mucho valor,  
que él es piedra, tú eres carne,  
no es buena resolución.

GONZALO hace señas, que se quite la mesa, y queden solos

JUAN:

Hola, quitad esa mesa,  
que hace señas que los dos  
nos quedemos, y se vayan  
los demás.

CATALINÓN:

Malo, por Dios,  
no te quedes, porque hay muerto  
que mata de un mojicón  
a un gigante.

JUAN:  
Salíos todos,  
a ser yo Catalinón.  
Vete.

Vanse, y quedan los dos solos, y hace señas que cierre la puerta

¿Qué cierre la puerta?  
Ya está cerrada, y ya estoy  
aguardando lo que quieres,  
sombra, fantasma o visión.  
Si andas en pena, o si buscas  
alguna satisfacción,  
aquí estoy, dímelo a mí,  
que mi palabra te doy  
de hacer todo lo que ordenes.  
¿Estás gozando de Dios?  
¿Eres alma condenada  
o de la eterna región?  
¿Díte la muerte en pecado?  
Habla, que aguardando estoy.  
Paso, como cosa del otro mundo

GONZALO:  
¿Cumplirásme una palabra  
como caballero?

JUAN:  
Honor  
tengo, y las palabras cumplo,  
porque caballero soy.

GONZALO:  
Dame esa mano, no temas.

JUAN:  
¿Eso dices? ¿Yo temor?  
Si fueras el mismo infierno  
la mano te diera yo.

Dale la mano

GONZALO:

Bajo esa palabra y mano  
mañana a las diez, te estoy  
para cenar aguardando.  
¿Irás?

JUAN:

Empresa mayor  
entendí que me pedías.  
Mañana tu huésped soy.  
¿Dónde he de ir?

GONZALO:

A la capilla.

JUAN:

¿Iré solo?

GONZALO:

No, id los dos,  
y cúpleme la palabra  
como la he cumplido yo.

JUAN:

Digo que la cumpliré,  
que soy Tenorio.

GONZALO:

Y yo soy  
Ulloa.

JUAN:

Yo iré sin falta.

GONZALO:

Yo lo creo. Adiós.

JUAN:  
Adiós.

Va a la puerta

Aguarda, te alumbraré.

GONZALO:  
No alumbres, que en gracia estoy.

Vase GONZALO muy poco a poco, mirando a don JUAN, y don JUAN a él, hasta que desaparece, y queda don JUAN con pavor

JUAN:  
¡Válgame Dios! Todo el cuerpo  
se ha bañado de un sudor  
helado, y en las entrañas  
se me ha helado el corazón.  
Un aliento respiraba,  
organizando la voz  
tan frío, que parecía  
infernál respiración.  
Cuando me tomó la mano  
de suerte me la abrasó,  
que un infierno parecía  
más que no vital calor.  
Pero todas son ideas  
que da a la imaginación  
el temor; y temer muertos  
es más villano temor.  
Si un cuerpo con alma noble,  
con potencias y razón,  
y con ira, no se teme,  
¿quién cuerpos muertos temió?  
Iré mañana a la iglesia,  
donde convidado estoy,  
porque se admire y espante

Sevilla de mi valor.

Vase don JUAN. Sale el REY, don DIEGO Tenorio, y acompañamiento

REY:  
¿Llegó al fin Isabela?

DIEGO:  
Y disgustada.

REY:  
Pues ¿no ha tomado bien el casamiento?

DIEGO:  
Siente, señor, el nombre de infamada.

REY:  
De otra causa precede su tormento,  
¿dónde está?

DIEGO:  
En el convento está alojada  
de las Descalzas.

REY:  
Salga del convento  
luego al punto, que quiero que en palacio  
asista con la reina, más de espacio.

DIEGO:  
Si ha de ser con don Juan el desposorio,  
manda, señor, que tu presencia vea.

REY:  
Véame, y galán salga, que notorio  
quiero que este placer al mundo sea.  
Conde será desde hoy, don Juan Tenorio,

de Lebrija, él la mande y la posea;  
que si Isabela a un duque corresponde,  
ya que ha perdido un duque, gane un conde.

DIEGO:  
Todos por la merced, tus pies besamos.

REY:  
Merecéis mi favor tan dignamente,  
que si aquí los servicios ponderamos,  
me quedo atrás con el favor presente.  
Paréceme, don Diego, que hoy hagamos  
las bodas de doña Ana juntamente.

DIEGO:  
¿Con Octavio?

REY:  
No es bien que el duque Octavio  
sea el restaurador de aqueste agravio.  
Doña Ana, con la reina, me ha pedido  
que perdone al marqués, porque doña Ana,  
ya que el padre murió, quiere marido,  
porque si le perdió, con él le gana.  
Iréis con poca gente, y sin rüido  
luego a hablalle, a la fuerza de Triana,  
por su satisfacción, y por su abono,  
de su agraviada prima, le perdono.

DIEGO:  
Ya he visto lo que tanto deseaba.

REY:  
Que esta noche han de ser, podéis decille,  
los desposorios.

DIEGO:  
Todo en bien se acaba;  
fácil será el marqués el persuadille,

que de su prima amartelado estaba.

REY:

También podéis a Octavio prevenille.  
Desdichado es el duque con mujeres,  
son todas opinión, y pareceres.  
Hanme dicho que está muy enojado  
con don Juan.

DIEGO:

No me espanto, si ha sabido  
de don Juan el delito averiguado  
que la causa de tanto daño ha sido.  
El duque viene.

REY:

No dejéis mi lado,  
que en el delito sois comprendido.

Sale el duque OCTAVIO

OCTAVIO:

Los pies, invicto rey, me dé tu alteza.

REY:

Alzad, duque, y cubrid vuestra cabeza.  
¿Qué pedís?

OCTAVIO:

Vengo a pedirlos,  
postrado ante vuestras plantas,  
una merced, cosa justa,  
digna de serme otorgada.

REY:

Duque, como justa sea,  
digo que os doy mi palabra  
de otorgárosla. Pedid.

OCTAVIO:

Ya sabes, señor, por cartas  
de tu embajador, y el mundo  
por la lengua de la fama  
sabe, que don Juan Tenorio,  
con española arrogancia,  
en Nápoles, una noche,  
para mí noche tan mala,  
con mi nombre profanó  
el sagrado de una dama.

REY:

No pases más adelante,  
ya supe vuestra desgracia,  
en efecto. ¿Qué pedís?

OCTAVIO:

Licencia que en la campaña  
defienda cómo es traidor.

DIEGO:

Eso no, su sangre clara  
es tan honrada.

REY:

Don Diego...

DIEGO:

¿Señor?...

OCTAVIO:

¿Quién eres, que hablas  
en la presencia del rey  
de esta suerte?

DIEGO:

Soy quien calla  
porque me lo manda el rey,

que si no, con esta espada  
te respondiera.

OCTAVIO:  
Eres viejo.

DIEGO:  
Yo he sido mozo en Italia,  
a vuestro pesar un tiempo.  
Ya conocieron mi espada  
en Nápoles y en Milán.

OCTAVIO:  
Tienes ya la sangre helada,  
no vale “fui,” sino “soy.”

Empuña don DIEGO

DIEGO:  
Pues fui, y soy.

REY:  
Tened, basta,  
bueno está. Callad don Diego,  
que a mi persona se guarda  
poco respeto, y vos, duque,  
después que las bodas se hagan,  
más de espacio me hablaréis.  
Gentilhombre de mi cámara  
es don Juan, y hechura mía,  
y de aqueste tronco rama.  
Mirad por él.

OCTAVIO:  
Yo lo haré,  
gran señor, como lo mandas.

REY:  
Venid conmigo, don Diego.

DIEGO:

¡Ay hijo, qué mal me pagas  
el amor que te he tenido!  
Duque...

OCTAVIO:

Gran señor...

REY:

Mañana  
vuestras bodas han de hacer.

OCTAVIO:

Háganse, pues tú lo mandas.

Vase el REY y don DIEGO, y salen GASENO y AMINTA

GASENO:

Este señor nos dirá  
dónde está don Juan Tenorio.  
Señor, ¿Si está por acá  
un don Juan, a quien notorio  
ya su apellido será?

OCTAVIO:

Don Juan Tenorio diréis.

AMINTA:

Sí, señor, ese don Juan.

OCTAVIO:

Aquí está. ¿Qué le queréis?

AMINTA:

Es mi esposo ese galán.

OCTAVIO:

¿Cómo?

AMINTA:

Pues, ¿no lo sabéis  
siendo del Alcázar vos?

OCTAVIO:

No me ha dicho don Juan nada.

GASENO:

¿Es posible?

OCTAVIO:

Sí, por Dios.

GASENO:

Doña Aminta es muy honrada  
cuando se casen los dos,  
que cristiana vieja es  
hasta los huesos, y tiene  
de la hacienda el interés  
y a su virtud aun le aviene  
más bien que un conde, un marqués.  
Casóse don Juan con ella,  
y quitósele a Batricio.

AMINTA:

Decid cómo fui doncella  
a su poder.

GASENO:

No es juicio  
esto, ni aquesta querella.

OCTAVIO:

(Ésta es burla de don Juan, Aparte  
y para venganza mía  
éstos diciéndola están.)

¿Qué pedís al fin?

GASENO:

Querría,  
porque los días se van,  
que se hiciese el casamiento,  
o querrellarme ante el rey.

OCTAVIO:

Digo que es justo ese intento.

GASENO:

Y razón, y justa ley.

OCTAVIO:

Medida a mi pensamiento  
ha venido la ocasión;  
en el Alcázar tenemos  
bodas.

AMINTA:

¿Si las mías son?

OCTAVIO:

Quiero, para que acertemos  
valerme de una invención.  
Venid donde os vestiréis,  
señora, a lo cortesano,  
y a un cuarto del rey saldréis  
conmigo.

AMINTA:

Vos de la mano  
a don Juan me llevaréis.

OCTAVIO:

(Que de esta suerte es cautela). Aparte

GASENO:  
El arbitrio me consuela.

OCTAVIO:  
(Éstos venganza me dan Aparte  
de aqueste traidor don Juan  
y el agravio de Isabela.

Vanse todos. Salen don JUAN y CATALINÓN

CATALINÓN:  
¿Cómo el rey te recibió?

JUAN:  
Con más amor que mi padre.

CATALINÓN:  
¿Viste a Isabela?

JUAN:  
También.

CATALINÓN:  
¿Cómo viene?

JUAN:  
Como un ángel.

CATALINÓN:  
¿Recibióte bien?

JUAN:  
El rostro  
bañado de leche, y sangre,  
como la rosa que al alba  
revienta la verde cárcel.

CATALINÓN:  
¿Al fin esta noche son  
las bodas?

JUAN:  
Sin falta.

CATALINÓN:  
Si antes  
hubieran sido, no hubieras  
engañado a tantas antes.  
Pero tú tomas esposa,  
señor, con cargas muy grandes.

JUAN:  
Di, ¿comienzas a ser necio?

CATALINÓN:  
Y podrás muy bien casarte  
mañana, que hoy es mal día.

JUAN:  
Pues ¿qué día es hoy?

CATALINÓN:  
Es martes.

JUAN:  
Mil embusteros y locos  
dan en esos disparates.  
Sólo aquél llamo mal día,  
aciago y detestable,  
en que no tengo dineros,  
que los demás es donaire.

CATALINÓN:  
Vamos, si te has de vestir,  
que te aguardarán y es tarde.

JUAN:  
Otro negocio tenemos  
que hacer, aunque nos aguarden.

CATALINÓN:  
¿Cuál es?

JUAN:  
Cenar con el muerto.

CATALINÓN:  
Necedad de necedades.

JUAN:  
¿No ves que di mi palabra?

CATALINÓN:  
¿Y cuando se la quebrantes,  
qué importa? ¿Habrá de pedirte  
una figura de jaspe  
la palabra?

JUAN:  
Podrá el muerto  
llamarme a voces infame.

CATALINÓN:  
Ya está cerrada la iglesia.

JUAN:  
Llama.

CATALINÓN:  
¿Qué importa que llame?  
¿Quién tiene de abrir, que están  
durmiendo los sacristanes?

JUAN:  
Llama a ese postigo.

CATALINÓN:

Abierto  
está.

JUAN:

Pues entra.

CATALINÓN:

¡Entre un fraile  
con hisopo y con estola!

JUAN:

Sígueme y calla.

CATALINÓN:

¿Que calle?

JUAN:

Sí.

CATALINÓN:

Ya callo. Dios en paz  
de estos convites me saque.

Entran por una puerta y salen por otra

¡Qué oscura que está la iglesia,  
señor, para ser tan grande!  
¡Ay de mí! ¡Tenme, señor,  
porque de la capa me asen!

Sale don GONZALO como de antes y encuéntrase con ellos

JUAN:

¿Quién es?

GONZALO:

Yo soy.

CATALINÓN:

Muerto estoy.

GONZALO:

El muerto soy, no te espantes,  
no entendí que me cumplieras  
la palabra, según haces  
de todos burla.

JUAN:

¿Me tienes  
en opinión de cobarde?

GONZALO:

Sí, que aquella noche huíste  
de mí, cuando me mataste.

JUAN:

Huí de ser conocido,  
mas ya me tienes delante,  
di presto lo que me quieres.

GONZALO:

Quiero a cenar convidarte.

CATALINÓN:

Aquí excusamos la cena,  
que toda ha de ser fiambre  
pues no parece cocina  
[si al convidado le mate]

JUAN:

Cenemos.

GONZALO:

Para cenar

es menester que levantes  
esa tumba.

JUAN:  
Y si te importa  
levantaré esos pilares.

GONZALO:  
Valiente estás.

JUAN:  
Tengo brío,  
y corazón en las carnes.

CATALINÓN:  
Mesa de Guinea es ésta,  
pues, ¿no hay por allá quien lave?

GONZALO:  
Siéntate.

JUAN:  
¿A dónde?

CATALINÓN:  
Con sillas  
vienen ya dos negros pajes.

Salen dos enlutados con sillas

¿También acá se usan lutos  
y bayeticas de Flandes?

GONZALO:  
Siéntate tú.

CATALINÓN:  
Yo, señor,  
he merendado esta tarde.

Cena con tu convidado.

GONZALO:  
Ea, pues, ¿he de enojarme?  
No repliques.

CATALINÓN:  
No replico.  
Dios en paz de esto me saque.  
¿Qué plato es éste, señor?

GONZALO:  
Este plato es de alacranes  
y víboras.

CATALINÓN:  
¡Gentil plato  
para el que trae buena hambre!  
¿Es bueno el vino, señor?

GONZALO:  
Pruébale.

CATALINÓN:  
¡Hiel y vinagre  
es este vino!

GONZALO:  
Este vino  
exprimen nuestros lagares  
¿No comes tú?

JUAN:  
Comeré  
si me dieses áspid a áspid  
cuanto el infierno tiene.

GONZALO:  
También quiero que te canten.

Canten

MÚSICOS:

“Adviertan los que de Dios  
juzgan los castigos tarde,  
que no hay plazo que no llegue  
ni deuda que no se pague.”

CATALINÓN:

Malo es esto, vive Cristo,  
que he entendido este romance,  
y que con nosotros habla.

JUAN:

Un hielo el pecho me parte.

Canten

MÚSICOS:

“Mientras en el mundo viva,  
no es justo que diga nadie  
qué largo me lo fiáis  
siendo tan breve el cobrarse.”

CATALINÓN:

¿De qué es este guisadillo?

GONZALO:

De uñas.

CATALINÓN:

De uñas de sastre  
será, si es guisado de uñas.

JUAN:

Ya he cenado, haz que levanten  
la mesa.

GONZALO:

Dame esa mano.

No temas, la mano dame.

JUAN:

¿Eso dices? ¿Yo temor?

¡Que me abraso! No me abrases  
con tu fuego.

GONZALO:

Aquéste es poco  
para el fuego que buscaste.  
Las maravillas de Dios  
son, don Juan, investigables,  
y así quiere que tus culpas  
a manos de un muerto pagues,  
y así pagas de esta suerte  
las doncellas que burlaste.  
Ésta es justicia de Dios,  
quien tal hace, que tal pague.

JUAN:

Que me abraso, no me aprietes,  
con la daga he de matarte,  
mas, ¡ay, que me canso en vano  
de tirar golpes al aire!  
A tu hija no ofendí,  
que vio mis engaños antes.

GONZALO:

No importa, que ya pusiste  
tu intento.

JUAN:

Deja que llame  
quien me confiese y absuelva.

GONZALO:

No hay lugar, ya acuerdas tarde.

JUAN:

¡Que me quemo! ¡Que me abraso!  
Muerto soy.

Cae muerto don JUAN

CATALINÓN:

No hay quien se escape,  
que aquí tengo de morir  
también por acompañarte.

GONZALO:

Ésta es justicia de Dios,  
quien tal hace, que tal pague.

Húndese el sepulcro con don JUAN, y don GONZALO, con mucho ruido,  
y sale CATALINÓN arrastrando

CATALINÓN:

¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?  
Toda la capilla se arde,  
y con el muerto he quedado,  
para que le vele y guarde  
Arrastrando como pueda,  
iré a avisar a su padre,  
san Jorge, san Agnus Dei,  
sacadme en paz a la calle.

Vase CATALINÓN. Sale el REY, don DIEGO y acompañamiento

DIEGO:

Ya el marqués, señor, espera

besar vuestros pies reales.

REY:

Entre luego y avisad  
al conde, porque no aguarde.

Salen BATRICIO y GASENO

BATRICIO:

¿Dónde, señor, se permiten  
desenvolturas tan grandes?  
Que tus criados afrenten  
a los hombres miserables.

REY:

¿Qué dices?

BATRICIO:

Don Juan Tenorio,  
alevoso y detestable,  
la noche del casamiento,  
antes que le consumase,  
a mi mujer me quitó,  
testigos tengo delante.

Salen TISBEA e ISABELA y acompañamiento

TISBEA:

Si vuestra alteza, señor,  
de don Juan Tenorio no hace  
justicia, a Dios y a los hombres,  
mientras viva he de quejarme.  
Derrotado le echó el mar,  
díle vida y hospedaje,  
y pagóme esta amistad

con mentirme y engañarme  
con nombre de mi marido.

REY:  
¿Qué dices?

ISABELA:  
Dice verdades.

Salen AMINTA y el duque OCTAVIO

AMINTA:  
¿Adónde mi esposo está?

REY:  
¿Quién es?

AMINTA:  
Pues, ¿aún no lo sabe?  
El señor don Juan Tenorio,  
con quien vengo a desposarme,  
porque me debe el honor,  
y es noble, y no ha de negarme.  
Manda que nos desposemos.

REY:  
Prendedle luego y matadle.

Sale el marqués de la MOTA

MOTA:  
Pues es tiempo, gran señor,  
que a luz verdades se saquen,  
sabrás que don Juan Tenorio  
la culpa que me imputaste

cometió, que con mi capa  
pudo él crüel engañarme  
de que tengo dos testigos.

REY:  
¿Hay desvergüenza tan grande?

DIEGO:  
En premio de mis servicios  
haz que le prendan, y pague  
sus culpas, porque del cielo  
rayos contra mí no bajen,  
siendo mi hijo tan malo.

REY:  
¿Esto mis privados hacen?

Sale CATALINÓN

CATALINÓN:  
Escuchad, oíd, señores,  
el suceso más notable  
que en el mundo ha sucedido,  
y en oyéndolo matadme.  
Don Juan, del comendador  
haciendo burla una tarde,  
después de haberle quitado  
las dos prendas que más valen,  
tirando al bulto de piedra  
la barba por ultrajarle,  
a cenar le convidó.  
¡Nunca fuera a convidarle!  
Fue el bulto, y le convidó  
y agora, porque no os canse,  
acabando de cenar  
entre mil presagios graves  
de la mano le tomó

y le aprieta hasta quitalle  
la vida, diciendo “Dios  
me manda que así te mate,  
castigando tus delitos.  
¡Quién tal hace, que tal pague!”

REY:  
¿Qué dices?

CATALINÓN:  
Lo que es verdad,  
diciendo antes que acabase,  
que a doña Ana no debía  
honor, que lo oyeron antes  
del engaño.

MOTA:  
Por las nuevas  
mil albricias quiero darte.

REY:  
¡Justo castigo del cielo!  
Y agora es bien que se casen  
todos, pues la causa es muerta,  
vida de tantos desastres.

OCTAVIO:  
Pues ha enviudado Isabela,  
quiero con ella casarme.

MOTA:  
Yo con mi prima.

BATRICIO:  
Y nosotros  
con las nuestras, porque acabe  
“El convidado de piedra.”

REY:

Y el sepulcro se traslade  
en San Francisco en Madrid  
para memoria más grande.